

LA PROTESTA

ORTE PAGO SUPLEMENTO SEMANAL PRECIO: 10 cts.

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giros a M. Torrente

El músico ciego

El teniente Delcroix, presidente de las Asociaciones de mutilados y excombatientes, ha terminado una obra literaria, cuyo título es "Los siete santos sin velas". En una carta que dirigió a los publicistas, anunciaba que la obra resumía las peripecias de su "desgracia". Y añadía, sintetizando lo que se había propuesto: "He escrito un panegírico, no desandando hacer literatura, sino para que los descontentos sepan que soy feliz con mi suerte gracias a Dios y la patria que me dieron".

Todos saben que Delcroix quedó ciego a consecuencia de la guerra. Y hemos dicho que todos saben, porque el teniente italiano estuvo aquí y pronunció varias conferencias.

El libro que próximamente publicará Delcroix nos suscitó el recuerdo de "El músico ciego", del portentoso novelista Korolenko.

El protagonista de la novela, ciego de nacimiento, rodeado de comodidades y del cariño de los suyos, estudia música. Su vocación y el dolor que gotea en su alma, crea en él un compositor de una personalidad extraña y original. Adulto, todo lo tiene, novia, que lo quiere, madre, y sobre todo el dominio sobre su arte para expresar con belleza sus congojas. Repentinamente vuélvese triste y misántropo. Sus quejas son de una amargura indecible. Nada le falta para ser feliz, solamente la vista. Un tío, mentor suyo, para cauterizar la llaga de su egoísmo, le lleva a una enervada, donde todos los mendigos ciegos piden limosna con voz lastimera. Entonces el músico, con los ojos en tinieblas, queda de tal modo aterrorizado y tan intensamente conmovido por el sufrimiento de los que careciendo de todo, además de su desgracia deben pedir limosna, que rompe a sollozar... Y bañado por ese llanto, florece un deseo y una voluntad de aliviar en todo lo que puede a los que yacen en la más horrible orfandad...

Al contrario del "Músico ciego", el teniente Delcroix está satisfecho, es feliz y todo le es favorable, y todavía es diputado. Su voz en Montecitorio es escuchada con respeto y hasta con veneración.

Ninguna inquietud hace zozobrar su serenidad; ninguna congoja le roe el espíritu, tampoco ninguna necesidad apremiante e imperiosa le tortura su organismo. ¿Cómo, entonces, podrá poner el ejemplo de su vida, insultando, escarneciendo con su felicidad a los miles de ciegos que agonizan, tiritando sobre los témpanos del egoísmo y una miseria pavorosa?

¿Cómo pedirle conformidad, resignación y alegría a los que nada poseen y de todo carecen, y que hasta del derecho de quejarse quieren privarlos?

¿Cómo se vé que el alma de este desventurado ciego está amasada con los desperdicios de las retóricas antiguas y embutida de recortes de diarios patrióticos?

Por cierto no es Delcroix un artista, ni tampoco un poeta, porque entonces, como el músico ciego de Korolenko, sentiría su carne atenazada por el dolor y las angustias de todos los ciegos pobres que pululan por Italia, o por lo menos alrededor suyo.

Y quizás al abrigar en su corazón el dolor de los demás, no se sentiría tan satisfecho y tan feliz, aunque lo tuviera todo: carifios, riquezas y veneraciones de una servilidad lacayesca.

Danza macabra

Los que emigran a otra estrella, en estos días y en estos tiempos, alcanzan ya a un número alarmante. Y eso sucede con la divertida agravante de que nuestro país es considerado — por las enciclopedias y por todos aquellos que tienen inte-

reses inmediatos en adularnos —, como el paraíso terrenal reditativo y como la Jauja del mundo, donde las perdices vuelan fritas...

Ignoramos si en nuestro código penal existe el castigo condigno para estos frustrados emigrantes siderales, pero sabemos a ciencia cierta que en muchas naciones se pena duramente el suicidio fracasado. Los Ingleses sobre todo son muy severos a este respecto.

Pero creemos que aquí también algo se ha determinado en ese sentido. Existe el antecedente de una mujer que, después de haber tenido una reyerta con el marido, se fué a la darsena con cuatro criaturas

sa, fabrican a estos candidatos al cementerio, y todavía, si fracasan en su intento, los meten en un calabozo para que intensifiquen su odio a la vida.

Encantador procedimiento, que en vez de curar reagrava el mal. Nuestra sociedad es una caricatura del conde Ugolino: engendra los monstruos y, para que desaparezcan, se los devora, intoxicándose ella misma.

Se explica de esta manera como un acontecimiento lógico y natural que los otros días un hombre muriera en un hospital después de haber intentado por sexta vez dar el gran salto en el vacío. En estas intenciones, este empeinado amante

Y en dos o tres líneas os informarán que el que se mató "fué hallado cadáver, presentando una herida en la sien"; el segundo, con un formón "se infirió varias heridas en el vientre"; el tercero, murió en el hospital, "por haberse disparado un tiro en la cabeza"; y el cuarto, "fué extraído del río sin que se le pudiese identificar".

Y la danza macabra de estos desdichados sigue en las columnas de los cotidianos. Y ello nos hace comprobar una vez más que las víctimas del absurdo y antinatural sistema capitalista crecen más y más, en progresión cúbica, y que día llegará en que el hedor de los cadáveres que ella produce le envenenará lentamente... hasta su aniquilamiento.

Razonamiento de votante



Todo el año trabajo para que coman los gobernantes; pero también es cierto que el día de las elecciones puedo comer yo a costa de los políticos que llegarán a ser gobernantes por medio de mi voto. Luego, perjudico a los gobernantes como quieren los opositores, y estoy bien con el gobierno que tiene mi vida en sus manos.

y se arrojó al río. Como era un mediodía caluroso, fué salvada por los trabajadores aglomerados en el muelle. En el accidente dos de sus cuatro hijos perecieron ahogados. A la honda desesperación de la madre, se añadió entonces la condena monstruosa de ocho años de cárcel.

Ahora, no sabemos bien si esta pena fué infligida por la muerte de sus hijos o por la tentativa de suicidio.

No quisiéramos enunciar una afirmación rotunda, si para la justicia del país es punible el atentado contra la propia existencia; mas si fuera así, sería la más sangrienta ironía que se le podía infligir a estos desdichados.

Las condiciones actuales, elaboradas por la organización de la sociedad burgue-

de la Intrusa empleó los más variados medios, desde la cadena con que quiso ahorcarse, hasta los tóxicos más diversos, y, al fin, consiguió su tantas veces acariciado anhelo de descansar en paz.

Estos accidentes son ya tan frecuentes que los cronistas de policía, hastiados de cocinar siempre la misma noticia con palabras similares, los numeran por lotes, como si se tratara de fardos de bacalao.

Es la fosa común de la publicidad necrológica. El que quiera y sepa leer, encontrará, por ejemplo, en un diario de la tarde, los siguientes títulos:

"Otro lote de suicidas"; "El que se mató"; "El que se fué en aporones"; "Pescu macabra"; "Ha muerto", y etc.

Androginismo social

Simultáneamente a las sociedades festivas que se preparan para el próximo carnaval, los comités políticos de los diversos partidos se aprestan para las carnestolendas de las elecciones.

Estas actividades, teniendo idénticos fines, llegan a diferentes resultados. Las dos agrupaciones se encarnatan. Las dos responden a la ficción de la efemerides. Son dos fiestas que obedecen a la cronología del tiempo. La disparidad entre el que se disfrazaba de político y el que se enmascara para jugar al escondite con su propio tedio, estriba en que el primero engaña a los demás y el segundo quiere engañarse a sí mismo.

Hay todavía otro matiz entre estos dos productos de la misma fauna, que los diferencia. El arlequín carnavalesco, con su idiotéz ineluctable, aturde y hasta, pero es inofensivo. Mientras que el payaso político es el sacamuelas que ofrece un específico falsificado.

De esta campaña de papel impreso, engudo y anexo, el pueblo, como siempre, pagará los gastos.

Pero no es nuestro propósito hacer cantar el mismo disco sobre la amoralidad de los políticos y la inmaterialidad de los electores. Esta verdad, por archisabida, se calla.

Queremos hablar acerca de esta zebra de la sociología, estos asnos silvestres, estos mulos que rumian las teorías de Carlos Marx, para servírselas masticadas a los neófitos que creen y esperan algo de ellos.

Estas gentes amorfas y anodinas que de la grave y angustiosa cuestión social hicieron un problema casero y doméstico, son, respecto a la idea anárquica, lo que el androginismo es a la virilidad.

Si a los políticos en general puede considerárseles como la lepra ideológica de los humanos, los políticos socialistas, con su gelatinosidad, son francamente repulsivos. Por no ser agua fría, ni caliente, sino tibia, es que provocan náuseas. Es el espíritu burgués barnizado de rojo. Fueron los eternos Judas del movimiento social que vendieron al Cristo proletario por treinta dineros.

Los cartales que varolan las paredes de la metrópoli, donde desde su plataforma electoral estos politicastros ofrecen el oro y el moro en cambio del voto, nos dan la impresión de mostrador del mercachiflo que intenta engañar a los incautos con baratijas de cobre vendiéndoselas como alhajas de auténtico oro.

En todos los años que llevan en el Parlamento y en el Consejo los socialistas ¿qué han hecho en beneficio del pueblo? Charlar, charlar y charlar. Palabras y palabras, vacías del menor sentido humano.

La planta socialista, en nuestro país es el baobab cultivado en maceta. Es el árbol enano de toda la flora social que existe entre nosotros.

El porvenir del anarquismo

La defección de algunos anarquistas arrepentidos dió a los mercenarios del gobierno ruso la ocasión para profetizar históricamente la descomposición del anarquismo. Los dictadores del Kremlin mantienen en todos los países funcionarios cuya misión consiste en el desprestigio de las ideas libertarias; para los hombres de Moscú y para los funcionarios del bolchevismo, el enemigo no es la burguesía; con la burguesía hace tiempo que se reconciliaron; el enemigo es el anarquismo. Si las sumas dedicadas por los zares rojos a la lucha contra la idea de libertad sostenida por nosotros hubiesen sido dedicadas a proporcionar instrumentos a los campesinos para laborar la tierra, la situación económica de Rusia sería otra.

Los gobiernos burgueses se han convencido ya de que no es tan fácil como se supuso un tiempo la extirpación del anarquismo; si un Roosevelt hablase hoy en un país burgués como lo hizo el ex presidente norteamericano después de la muerte de Mac Kinley, caería en el ridículo; hasta nuestros enemigos más acérrimos se burlarían de él. Los estadistas burgueses no abriga ya sueños absurdos de matar la anarquía con la deportación de los anarquistas de todo el mundo a una isla desierta; es verdad, persiguen, deportan, asesinan, nos someten a la ley de excepción, es decir nos consideran como caza libre, pero no con el propósito de extirpar la anarquía de las sociedades modernas, sino solo para procurarse alivios pasajeros; el terror que los gobiernos capitalistas emplean contra nosotros no lleva por fin el exterminio de nuestras ideas, porque están convencidos de la imposibilidad de exterminarlas, sino la obstaculización de nuestra propaganda y el retardo de la hora suprema de la abolición del principio de autoridad en las conciencias y en la vida social. Los únicos que hoy suponen que el anarquismo está en descomposición, que su muerte está próxima, son los comunistas rusos; porque lograron suprimir en Rusia toda voz libertaria con el asesinato, la deportación a Siberia y el destierro al extranjero, creen que el anarquismo está muerto en Rusia y que en los demás países se seguirá el ejemplo ruso y se conseguirá hacer enmudecer por completo la voz de los anarquistas; es una piadosa ilusión del morbo autoritario; Rusia misma dará el ejemplo un día, que tal vez no esté lejano, de la vitalidad de nuestro movimiento y de la infundada confianza de los tiranos. El anarquismo no muere; el anarquismo marcha triunfalmente a la conquista de la humanidad; cuando sus defensores no pueden actuar a la luz del día, mantienen en la clandestinidad el fuego sagrado, alimentado sin cesar por los dolores de la vida cotidiana. Solo un estado social de libertad y de igualdad puede matar al anarquismo como movimiento revolucionario, pero como idea y como sentimiento, es impercedero, y vivirá siempre en los inquietos, en los investigadores de nuevos horizontes en todos los dominios de la vida.

Lo que muere, lo que vive su última hora es el concepto de la autoridad; los fenómenos dictatoriales podrían ser interpretados como síntomas de agonía. El principio de autoridad fue considerado un día como principio de origen divino; la autoridad fue reconocida y aceptada voluntariamente por casi la totalidad de los hombres; era casi imposible a la imaginación más fecunda la idea de una vida individual y social sin autoridad. Los hombres de hoy, en su mayoría, no creen ya en la autoridad, como no creen en Dios ni en la virginidad de María; esos conceptos son viejos, responden a un estado de la mentalidad humana que pasó a la historia. El principio de autoridad ha debido desmenuzarse y presentarse como es, como violencia brutal; no actúa sobre los hombres por el histórico temor a Dios o por el respeto a sanciones de la justicia ultraterrestre; el ser humano de hoy obedece, en parte por hábito, en parte porque se le obliga a ello. La autoridad no puede ya existir sin el terror; las masas populares no se someten sino por la fuerza; el Estado mo-

derno no es una concepción de origen divino sino la encarnación de la violencia; el Estado moderno vive por el gendarme; la fé de las masas no lo sostienen ya. La famosa dictadura rusa, que dice apoyarse en el proletariado, no se mantendría 24 horas sin la tcheka; eso lo saben bien los comunistas y por eso las instituciones policíacas gozan de tanto prestigio y de tanto poder en la Rusia de los soviets.

Lo que se descompone no es el anarquismo sino el principio de autoridad; esto es bien evidente; la dictadura lo testimonia.

También la social-democracia ha venido profetizando la muerte del anarquismo; los jefes de más prestigio de esa degeneración de la idea socialista han considerado su más alto título de gloria en la difamación de nuestras ideas y de sus más distinguidos defensores. Cuando investigamos en torno a la vida de las grandes figuras de la socialdemocracia, como en torno a las figuras de relieve del actual comunismo de Estado, no podemos menos de confesar que hombres de tan pocos escrúpulos morales, de espíritu tan villano, serían imposibles en nuestro movimiento. Un Reclus no podría florecer en el campo de los movimientos autoritarios y en vano intentarían los adeptos de la socialdemocracia o del actual comunismo presentar nos figuras de la grandeza moral de la que presentan los anarquistas. Si tuviéramos en nuestro movimiento hombres como un Wilhelm Liebknecht, dedicaríamos todas nuestras fuerzas a borrar su nombre de los anales de la historia; pero la social-democracia los exhibe orgullosa como los héroes del socialismo; para idolatrar a un W. Liebknecht o para endiosar a un Engels se necesita haber perdido todo escrúpulo de conciencia; nosotros enviaríamos al diablo toda la sabiduría de un Carlos Marx si su vida personal no puede ser presentada como un ejemplo a las generaciones venideras. Si un estudioso imparcial se dedicara a hacer un estudio comparado de las ideas revolucionarias modernas, concluiría que el anarquismo tiene un valor moral superior y que aunque no se fundamentara más que en los conceptos de justicia y en los sentimientos que propaga, su existencia eterna estaría asegurada. La ascensión al plano moral de un Reclus es ya un ideal que ninguna otra corriente social entraña; sólo el anarquismo puede hoy presentar como ideal al hombre libre y al hombre bueno; en otro ambiente cualquiera sería sofocado por las intemperancias del medio. Si la humanidad ha de progresar moralmente, deberá hacerlo en el sentido del anarquismo; de lo contrario no hará progreso alguno.

Desde el punto de vista del progreso de la ciencia, ninguna idea y ningún movimiento social contiene tantas promesas como el anarquismo. Lo que dijo Virchow de la medicina, que en todos los tiempos se han opuesto a su evolución los obstáculos principalmente las autoridades y los sistemas, lo dicen de todas las ciencias los investigadores sinceros y sin prejuicios; pero la abolición de las autoridades y de los sistemas históricos no puede obtenerse sin la idea de libertad sostenida por los anarquistas, esa idea madre con que nosotros deseáramos que se rijan la vida entera. La ciencia no será libre hasta que no entre en el dominio de la anarquía; mientras tanto será francesa, alemana, bolchevista o conservadora, monárquica o republicana; subordinará la verdad al medio político que alimenta a los sabios.

En la vida económica, sólo la libertad es política; la autoridad hace infecunda la tierra; como el paso del caballo de Attila; hasta las espigas de trigo son sofocadas bajo el régimen de la autoridad; ahí está el ejemplo de Rusia; ahí está la trágica demostración de cómo la supresión de la iniciativa individual ha devastado los campos, arruinado la producción en todos los dominios. Aún bajo el comunismo hubo más libertad para los campesinos que bajo el actual régimen de la "dictadura del proletariado"; por eso no crece el trigo en la Rusia de los Soviets en la me-

da que podía crecer. El examen de todas las teorías y de todas las experiencias realizadas da derecho a concluir que ni las fábricas funcionan en provecho de todos ni la tierra da frutos de bienestar sino a la sombra del árbol de la libertad; y ese árbol de la libertad sólo es cultivado, regado, mantenido amorosamente por los anarquistas.

Nuestro sentimiento de que la vida sin la libertad no merece ser vivida y no tiene ningún encanto, va apoderándose de capas de la población más y más grandes; la desilusión del estatismo invade las conciencias; lo que ayer parecía una utopía, es decir, la vida sin autoridad política, se convierte poco a poco en la cosa más natural y la utopía se forma en el concepto del mantenimiento del Estado y de la autoridad; para nosotros la dificultad no está en el desenvolvimiento de la vida sin Estado; nos parece utópico que haya quien imagine el desenvolvimiento de la vida siempre dentro de los cuadros del estatismo.

Todo lo opuesto a la descomposición es el estado del anarquismo en la actualidad; la historia ha demostrado que era la única tendencia con la suficiente vitalidad para resistir todas las tentaciones degenerativas; el anarquismo se mantiene hoy tan puro como hace cincuenta años, y sin embargo ha servido en ese período de gula y de insipirador del movimiento obrero de la mayoría de los países, sobre todo de los latinos. Lo que está descompuesto es el autoritarismo; hace ya muchos años que Kropotkin anunció la conquista de los partidos políticos obreros por el poder; si es cierto que en casi todos los países de Europa tienen el poder en sus manos los partidos socialistas, eso no es un triunfo; esos partidos políticos no han conquistado nada; fueron conquistados por el capitalismo y por el Estado capitalista. Triunfos de esa naturaleza no los puede exhibir el anarquismo; el anarquismo está hoy en el mismo plano de ideas que hace medio siglo; ha hecho frente, ha resistido todas las tentaciones de desviación; ha defendido heroicamente sus ideas de libertad; no arrió su bandera de guerra ante ninguna tiranía, y ese es su honor y su orgullo; hoy está solo en la arena de las luchas sociales, frente a un mundo de enemigos; los intereses del proletariado y de la humanidad libre no son defendidos ya por ninguna de las ramas del marxismo que aparentaron hace más o menos años ser hermanas gemelas del anarquismo, capaces de una acción paralela. El marxismo ha hecho bancarrota, una bancarrota irremediable e irreparable. El anarquismo ha triunfado con sólo sostener en alto su bandera. Nuestra hora llegará; luchamos por su pronto avinamiento, convencidos de que los principios que propagamos y que defendemos, inspiran el único movimiento revolucionario efectivo.

Es verdad, no hemos hecho ninguna revolución en el sentido de la conquista del poder político; pero la historia moderna no ha sido escrita sin que el anarquismo llenara en ella sus páginas de gloria; tanto directa como indirectamente, desde hace muchos años constituyen nuestras ideas un factor de la vida social.

Y nuestras ideas son las únicas que no han sido suavizadas o hechas inofensivas por el mundo autoritario. Pueden decir lo mismo de las suyas los adeptos del marxismo? Es cierto, el marxismo ha llenado también sus páginas en la historia moderna, pero esas páginas son las páginas negras de infamia y de traición; sus mejores representantes han caído de rodillas ante el sistema capitalista y han conquistado laureles al servicio de los enemigos del proletariado y de la revolución.

Se ha puesto de manifiesto que no hay más que dos mundos enemigos en las horas de crisis: el de la libertad y el de la autoridad. El marxismo, en cualquier matiz que se le estudie, es siempre un partido de autoridad, y si en los períodos de calma puede aparentar propósitos revolucionarios, cuando llega la hora del peligro proclama altamente que no deja al régimen capitalista y autoritario en la estacada y se asocia al mundo del privilegio contra los desheredados y oprimidos. La guerra mundial lo ha demostrado y la paz que siguió a la gran conflagración lo confirmó nuevamente.

Por el porvenir del anarquismo no podemos temer; su vitalidad ha quedado es-

tablecida por la historia y la historia ha venido a pronunciar la sentencia de muerte del principio de autoridad en la conciencia de los hombres.

D. Abad de Santillán

Los políticos

Estamos en tiempos de elecciones. La farándula política grita, pasea, exhibe sus impudicias. Los guacamayos de los partidos políticos se plantan de cuerpo entero en su insulsa verbosidad. Rojos, blancos y amarillos se identifican en el léxico, en las maniobras y en las intenciones. Políticos y basta. Doctorillos sin clientela, abogados sin escrúpulos, fracasados en el arte y en la ciencia. He ahí a los famélicos consuetudinarios de la farsa electoral: candidatos al hartazgo...

No hay un inútil que no sueñe con ocupar una banca, es el negocio del día... Como no hay vago que no piense en llegar a legislar en provecho de la "clase" que trabaja; ese sí que es el cantar de los cantares... Pero no tiene la culpa el chanchito si no el que le da el rancho. Para tener la medida de la cultura de los electores, no hay más que oír a los electos en la cámara o en la esquina en tiempo de elecciones. Tal para cual.

¿Que no sirves para nada, ni para vigilante? No te apures, en este mundo hay lugar para todos. Hazte político.

En política no hay desperdicio. Cuanto más inútil se es para la vida, más hábil y más indispensable para la política. Los esclavos eligen a sus tiranos para que les remachen más sus cadenas. Los burgueses mantienen a los políticos de todos los colores para impedir que los trabajadores se liberen del capitalismo y del Estado. He aquí la función que desempeñan los cortesanos de la política.

X.

Accidentes del trabajo...

El lector supondrá que "la tengo" con la policía; sin embargo, no es así; es ella, la muy... que hace tiempo, desde que nació a la vergüenza pública, "la tiene" con todo el mundo. Como que difícilmente se hallará un hombre decente que no haya sufrido algún zarzapo de esas bestezuelas uniformadas. Pero como todas las "profesiones" tienen sus inconvenientes, no es extraño que el "oficio" de sayón tenga, aunque no tan a menudo como sería necesario, sus accidentes del trabajo... Todo no ha de ser palmas y glorias como a los santos les llega también su día... Y si es fácil ganar galones abofeteando a los ancianos de 60 años, balear obreros indefensos, no es difícil que cuando en cuando hallen la horma de su zapato y les salga el tiro por la culata... ¡Y si no fuera así, aviados estaríamos con la mejor policía del mundo!

Cualquiera se atrevería a estornudar en presencia de ella; por menos lo cazan a uno a balazo limpio y lo procesan por desacato. Porque, aquí, en la gran... república del Plata, al que no se deja matar lo procesan por anarquista, o porque no se deja asesinar por el milico de la esquina, es lo mismo. Cuesta más ver un hombre digno que un gran ciudadano... Hay que ver cómo se ponen de afilidos los piratas de la banca y el comercio cuando les despanzurran algún fiel servidor de la jauría. Y con razón, porque si cunde el procedimiento, es decir, si los accidentes del trabajo... se siguen produciendo, el "oficio" de sayón se complica, y es natural que el orden burgués corra el riesgo de perderse por falta de perros bravos que lo apuntalen.

Peró, qué le hemos de hacer... Son gajes del "oficio", como dijo el finao.

H.

Muertos y Santos

Hay espectáculos en la vida contemporánea que demuestran que la cultura y la civilización de que tanto nos vanagloriamos, no son más que un barbaño o un afete encubridor de las innumerables taras morales, y de la incommensurable imbecilidad que caracteriza a esa legión de hipócritas que, en un día determinado se congregan públicamente para llorar, gritar, rezar y recordar a los que en vida trataron con la mayor indiferencia y ocasionaron muchos males y disgustos que podían haber evitado, o que por ser una

Las sorpresas de una polémica

(Conclusión)

Otras dos palabras sobre lo que se refiere a la violencia.

La violencia, he dicho ya, es necesaria para defenderse contra violencias opuestas o para libertarse de regímenes que se imponen y se mantienen por la fuerza, con la violencia. Naturalmente el individuo o las colectividades oprimidos por la fuerza de la ajena violencia tienen derecho a la defensa y a la revuelta, y usan legítimamente de este derecho cuando tienen el valor y la fuerza; ni están obligados a preocuparse, a no ser por razones de oportunidad contingente, de si su acción choca contra los intereses establecidos. ¡Peor para éstos si no pueden mantenerse más que con la violencia y la opresión! O son ilegítimos (como en realidad lo son casi todos los que tienen una base semejante) y no deben importarnos; o por excepción son legítimos, y entonces será mejor para ellos también que cambien de base; y si no lo quieren, son combatidos como los ilegítimos.

Hasta aquí me parece estar de acuerdo con mi contradictor, y por consiguiente no ser nada "pasivo"; por eso no insisto.

Donde no comprendo es cuando el escritor de LA PROTESTA dice que "la misma organización obrera violenta el sentir de una gran mayoría de explotados y les impone condiciones que rechaza su oscura inteligencia". Temo entender mal el idioma castellano, y por eso hubiera deseado saber, por ejemplo, en qué la organización obrera puede violentar el sentimiento de una mayoría de explotados. A mí me parece que una organización que violentase de veras el sentimiento de una mayoría de explotados haría más mal que bien.

La iniciativa y la iniciación sindical no pueden ser sino libres, no por cierto coercitivas; a menos que no sean... fascistas. Aquí en Italia, por ejemplo, las organizaciones sindicales han surgido por el impulso espontáneo de los intereses corporativos. Después que se hicieron poderosas y reformistas, hubo algunas — esto es cierto — que se volvieron prepotentes, que obligaban a los obreros a organizarse por la fuerza o con los boicots o imponiéndoles su alejamiento del trabajo, etc. Pero no creo que estos graves errores (descontados luego amargamente) sean aprobados por los amigos de LA PROTESTA. En realidad, organizaciones sindicales que violenten de veras el sentimiento de una mayoría obrera, aquí en Italia, las ha habido sobre todo y de un modo típico con el surgir del sindicalismo fascista.

Pero, repito, temo no haber comprendido bien lo que mi contradictor quiere decir con las palabras precitadas; y por consiguiente tampoco insisto sobre este argumento.

Es justísimo que la dictadura es la expresión violenta de un régimen social basado en la sumisión de la mayoría a la voluntad y al capricho de una minoría privilegiada. Pero es preciso recordar que también un sindicato es un régimen social en pequeño, que podría estar basado en el sometimiento de la mayoría organi-

zada a la minoría privilegiada de los organizadores y funcionarios y de algún grupo sostenedor de ellos. No sé si los hay en América; pero en Italia los hemos conocido, sea con la sumisión voluntaria en los regímenes sindicales reformistas, sea con la sumisión impuesta por la fuerza en los regímenes sindicales fascistas.

Los anarquistas deben ser siempre enemigos de toda dictadura, tanto de la grande de los Estados como de la pequeña de los sindicatos.

Toda lucha es violencia: justo también esto. Pero hay la violencia que oprime y la violencia que libera; y los anarquistas están por la segunda contra la primera, y no podrían emplear la primera, aún en las pequeñas cosas, sin contradecirse y dañar su propia causa. Por eso empleo las palabras de LA PROTESTA, "no obran dictatorialmente los que recurren a la fuerza y emplean la violencia para destruir los poderes dictatoriales, sino aquellos que tratan de suplantarlo con su dictadura las instituciones opresivas que la revolución derrumbó". Y también, agregó yo, aquellos que con la excelente intención de abatir una dictadura y de no querer crear otra, emplean, empero, erróneamente, en perjuicio de la libertad de los mismos oprimidos, métodos dictatoriales más o menos violentos en el interior de los organismos creados por la lucha.

Estos últimos, aún en el caso que se diesen anarquistas, seguirían un falso camino, pues prepararían psicológicamente los elementos — de sumisión por un lado y de autoridad por el otro — de una futura dictadura, como hacen ya los organizadores comunistas y social-demócratas.

Cierto, yo pienso que no es labor anarquista "imponer las propias ideas a los sindicatos"; los anarquistas pueden proponerlas, propagarlas, no imponerlas. Pero esto no significa que no se deba "disputar a los politécnicos marxistas el terreno que conquistaron por culpa de la indiferencia de los militantes". Al contrario, es precisamente para disputar el terreno a los politécnicos todos (y no solamente a los marxistas) que yo soy de opinión que los anarquistas deben penetrar en los grandes sindicatos a que pertenecen todos los obreros, comprendidos los que sufren la influencia marxista, los que de otro modo escaparían en gran parte a nuestra propaganda. Pero, estamos siempre ahí, se trata de disputar el terreno a los politécnicos oponiendo nuestras ideas a las suyas, demostrando sus errores, procurando persuadir a sus secuaces y no volviéndonos politécnicos nosotros también (se puede ser politécnicos aún fuera del parlamento), para hacernos "amos" y "dictadores" de la organización sindical.

Hay una frase — ésta, a decir verdad, poco gentil — al final del artículo de que me ocupo, en la que se da la culpa de la supremacía marxista en los sindicatos donde existe, también a "los militantes que se encerraron en su torpe neutralidad ideológica". ¡Muchas gracias por ese torpe!; pero el hecho no es cierto, al menos por lo que todos saben en Europa. Aquí los social-demócratas y los marxistas no han sido nunca partidarios de la neutralidad sindical (en Italia se hacen tales ahora, y a disgusto, por necesidad de oposición al fascismo); y no es la neutralidad la que ha favorecido su supremacía en los sindicatos; sino la política electoral con la que consiguieron dar a las masas la ilusión de que podían emanciparse por las vías de la legalidad y de la autoridad. Al contrario de lo que cree el compañero de allá, la neutralidad ha sido siempre una traba dañosa para los social-marxistas, que siempre trataron de asustar, y viceversa, donde ha sido posible conservarla, allí los anarquistas han obtenido éxitos no escasos, bien que pasajeros.

Anoto también que la locución "neutralidad ideológica" empleada por el amigo de LA PROTESTA es errónea, especialmente si es atribuida a los "militantes anarquistas"; porque, como he explicado arriba, no existe una neutralidad de los anarquistas, ninguno la sostiene, y yo menos que todos. Los anarquistas tie-

nen interés en que la organización sea neutral frente a los organizados de ideas diversas, en salvaguardia de la libertad y coherencia propia y de todos; pero no son ellos mismos neutros o neutrales; son y siguen siendo anarquistas, y no callan su fe ni renuncian a defenderla, difundirla y propagarla, así fuera como en el seno de las organizaciones en que participan, como también en los campos hostiles en que les fuese posible penetrar con decoro y coherencia.

Esto no contradice en modo alguno, según mi criterio (al contrario del que me atribuye el escritor de LA PROTESTA), el espíritu de libertad ni vulnera en nada el derecho de quien no piensa como nosotros. Lo que vulnera el espíritu de libertad y contradice el principio anarquista no es la difusión de las ideas, sino su imposición a quien no está convencido. Sólo la convicción, la persuasión, pueden transformar a los hombres en anarquistas — convicción alcanzada o con la propaganda o con el ejemplo o con la experiencia de los que están ya convencidos. ¡Tal vez por esto mi contradictor me dice que espero "que los hombres se transformen todos en anarquistas por arte de milagro"! ¿Y qué otro medio hay, fuera de la persuasión, para transformar a los hombres en anarquistas? ¿Quizá el de los palos?...

Que el compañero de LA PROTESTA me excuse la conclusión jocosa; pero, ¿cómo hacer, si él, este concepto de la libre aceptación de las ideas después de la persuasión, que es fundamental de la doctrina anarquista, me lo carga como espera del milagro, como un concepto casi cristiano y nada menos que como una negación del hecho revolucionario y una voluntaria renuncia a la lucha?

¡Qué tiene que ver esto! La lucha y el hecho revolucionario son necesarios; y yo no renuncio a ellos absolutamente, son necesarios para destruir el pasado y todas las causas materiales que determinan la sujeción humana a la tiranía y a la explotación. Pero el hecho revolucionario y la lucha no bastan, y ellos mismos no son completos, sin una voluntad de actuación más que de destrucción; y esta voluntad de actuación anarquista no se crea, en las minorías hoy y en siempre más vastas masas con el desarrollo de la revolución después, sino por virtud de la persuasión — la persuasión de que es posible vivir anárquicamente y que la organización anarquista de las relaciones sociales es la que responde mejor y más pronto a todas las necesidades de la vida.

Quien no estuviese persuadido de esto, ¿cómo podría ser anarquista?

Codicilo, para cerrar la polémica

15 de septiembre de 1924

Queridos compañeros de LA PROTESTA:

Había decidido, vosotros lo sabéis, no alargar más la discusión de estos argumentos sobre el sindicalismo, de que yo escribo — al menos por lo que yo escribo — tienen el derecho de estar aburridos y archiaburridos, si no por otra cosa, porque ahora estaría constreñido a hacer fastidiosas repeticiones...

Después del largo artículo que os he mandado hace unos días, infligiréis otro sería verdaderamente una impertinencia mía.

Pero es que recién ahora he recibido los números 131 y siguientes del SUPLEMENTO, en los que acabo de leer vuestra réplica sobre "Teoría y práctica del movimiento obrero", y otro artículo vuestro, "Posibilismo anarquista", que agudizan un tanto mis susceptibilidades polémicas.

Pero, no temáis, no replicaré. No volveré sobre los asuntos discutidos, y me limitaré sólo a señalar algunos errores de apreciación en que me parece que habéis caído. Vosotros decís, por ejemplo, que carezco de espíritu crítico a causa de mi "sujeción al hecho económico". ¡No! yo no me sujeto a los hechos económicos, sino que me rebelo a ellos; pero para rebelarme debo tenerlos en cuenta. Para rebelarme al hecho económico de la explotación obrera, para provocar la revuelta de los obreros contra ella, debo

por fuerza partir de la consideración del hecho que los obreros son explotados por los patronos.

En cuanto a mis "contradicciones" sobre las que vosotros insistís, os he dicho ya por qué a mí parecen estas contradicciones más no existen; y si además las creéis "imponderables", yo os ruego igualmente que me las perdonéis, no sólo por la amistad que nos liga, sino sobre todo en consideración a que yo... no me creo culpable.

Algo más: vosotros decís que yo "subordino las ideas (anarquistas, se entiende) a los imperativos categóricos de la lucha de clase" casi como si yo fuera un sindicalista. Si vosotros hubiésteis seguido mi modesta obra en el movimiento anarquista, especialmente en los periódicos, en los congresos, etc. habríais constatado, al contrario, que yo me ocupo prevalentemente de cuestiones de ideas, del movimiento y de la propaganda anarquista, y que éstas son las cosas que me interesan más, a las que subordino todas las otras cuestiones que considero secundarias. Ciertamente que, cuando me ocupo de sindicatos y de sindicalismo, entonces, en este asunto, las más importantes son las cuestiones sindicales; y siendo tal el motivo de los artículos escritos últimamente en LA PROTESTA, vosotros podréis haber tenido la impresión de yo dár la mayor importancia a los asuntos sindicales y les subordino el interés ideal del anarquismo. Pero en realidad no es así.

Yo no soy sindicalista, aún dando la importancia debida a los sindicatos obreros; como no soy marxista, aún reconociendo algunos lados más o menos justos de algunos conceptos del marxismo. Por eso quisiera que los compañeros y los amigos evitasen, para apartar la confusión y por respeto a la verdad, llamarme marxista o sindicalista. Pero si alguno de vosotros, queridos compañeros de LA PROTESTA, insiste, porque le causa placer, en llamarme así, paciencia! Por cierto que yo no podría impedirlo... Ni llegaría, por tan poco, a la obsesión (que me atribuis en el final de vuestro artículo, en el número 133) de considerarme ofendido; y tomar ese calificativo por un insulto... ¡No faltaría más! Entre compañeros que se estiman creo que no se debe ser tan quisquillosos; y yo no lo soy en absoluto.

En el artículo sobre "Teoría y práctica", del 21 de julio, vosotros me hablais de la organización sindical en la República Argentina y decís que para persuadirme que estoy en error debería ponerme "en un terreno propicio a las experiencias que ofrece el anarquismo de la Argentina". Aquí podréis tener razón; pero vosotros comprendéis que no es culpa mía si el terreno donde vivo y he vivido hasta aquí no es propicio a estas experiencias (al menos así me parece). Además yo me he guardado bien de criticar o juzgar, y hasta de hablar, de lo que se hace en la República Argentina en materia sindical, porque no me gusta hablar de lo que no conozco suficientemente y en sus necesarios aspectos prácticos. Por eso he hablado siempre y solamente en línea general, refiriéndome a lo más a Italia y a Europa.

Pero también vosotros, queridos amigos, es preciso que andéis con cuidado cuando habláis de las cosas de Europa y de Italia, al emitir juicios de condena, al establecer las causas de los acontecimientos, etc., porque algunas veces incurris en equivocaciones, no conociendo perfectamente ciertos hechos, o conociéndolos a través de fuentes e impresiones inseguras.

Por ejemplo, en el número 133, del 4 de agosto del SUPLEMENTO encuentro: "El apuro por hacer la revolución, a cualquier precio y con cualquier clase de elementos, llevó a Malatesta a aquella campaña en favor del frente único con los socialistas, tan vergonzosamente epilogada con el fracaso de la toma de las fábricas...". Y el fascismo, sino una consecuencia de aquel error táctico, fué el resultado de la precipitación subversiva, etc.

El fascismo es un fenómeno demasiado grave para darle tan pequeñas causas: ha tenido una cantidad de otras determinantes de importancia enormemente mayor. Ciertamente que han contribuido también los errores de los partidos revolucionarios y de las uniones obreras, y por su parte (aunque menor) los mismos anarquistas — si bien muchos compañeros nuestros niegan esto absolutamente. Pero no es cuestión de "precipitación". El movimiento era favorable a la revolución; y el error no ha consistido en haber precipitado demasiado, sino en no haber "organi-

do" los hechos, en vez de organizar solamente mítines y ordenes del día; y en haber dejado el cometido de la acción al acaso y a la demasiado escasa iniciativa de algunos individuos o grupos aislados.

El "frente único" no tiene nada que ver en esto; el error fué haber hablado solamente y no haber hecho nada. Los anarquistas, comprendido Malatesta, eran de opinión que trabajadores y revolucionarios debían unirse en un esfuerzo supremo contra el Estado burgués; pero el criterio era anarquista, en el sentido que la unión hubiera debido hacerse libremente, localmente por localidad y directamente, entre los elementos de acción, independientemente de los jefes y las direcciones de los partidos y de las organizaciones y sin su intervención. Los social-comunistas hablaban también del "frente único", pero en el sentido autoritario que les es propio. De hecho no se hizo nada; y el frente único nunca ha existido ni de una especie ni de la otra. No puede, pues, haber tenido influencia alguna sobre los acontecimientos.

Cierto, la voluntad de hacer la revolución, al menos en los anarquistas, existía; pero no "con cualquier clase de elementos", y si solamente con elementos obreros y revolucionarios, es decir, con todos aquellos que tenían el deseo de volcar las instituciones políticas y económicas actuales en sentido antimonárquico y anticapitalista. Los anarquistas se prometían, naturalmente, dar a la eventual revolución el máximo carácter libertario posible.

No hay que confundir el "frente único" para la revolución, sobre el que se ha discutido mucho, pero que ha quedado en el campo abstracto de la discusión, con una breve tentativa de unión entre todos los partidos socialistas y revolucionarios y todas las organizaciones obreras que se hizo a fines del verano de 1920 exclusivamente en favor de las víctimas políticas y con el solo propósito de realizar manifestaciones públicas para presionar al gobierno y constreñirlo a libertar a los presos. Por lo demás, tampoco esta larva de concordia fué más allá de dos o tres reuniones y dos o tres manifestaciones, y duró apenas desde la mitad de agosto hasta la mitad de octubre de 1920, más o menos. ¡Dos meses apenas!

La ocupación de las fábricas no ha tenido relación alguna ni con las discusiones sobre el "frente único revolucionario" ni con los precitados acuerdos pasajeros pro-víctimas políticas. Se trató de un hecho grandioso, a pesar de su fin mezquino, que en ningún país del mundo había sido nunca pensado, que surgió por la fuerza de las cosas y por el impulso espontáneo de las masas, pero dirigido y dominado completamente por los elementos reformistas dirigentes de la Confederación del Trabajo.

Los anarquistas todos, organizados o no, hicieron en aquella ocasión lo que pudieron, dentro y fuera de las fábricas, para dar al movimiento el mayor empuje, para extenderlo y para que la acción de la calle lo flanquease. Activísima se mostró entonces la Unión Sindical Italiana (organismo independiente y de oposición a la C. G. del T.) en la que los anarquistas ejercían una influencia preponderante; y así también *Umanità Nova*, y personalmente Malatesta y todos los demás. Pero lo que en aquella ocasión hicieron estas fuerzas anarquistas o anarquizantes lo hicieron en completa autonomía, sin lazos de ninguna suerte y en viva oposición con el oportunismo de las C. G. del T. y con la indecisión pilatesca del partido social-comunista.

No sólo en todo esto el frente único no tuvo parte, porque no existía, sino, repito, que el "fracaso vergonzoso" de la ocupación de las fábricas tal vez no se hubiera producido si hubiese sido actuado aquel "frente único revolucionario" patrocinado por los anarquistas en el Congreso de Bolonia, sobre la base de acuerdos locales coaligados luego entre sí, entre los elementos obreros y revolucionarios prontos a la acción, independientemente y por fuera de toda ingerencia de los dirigentes y oficinas centrales de los varios partidos y organizaciones. No sé si vosotros, compañeros de LA PROTESTA, habríais aprobado esta especie de "frente único"; pero aún en caso negativo, no podríais vosotros atribuirle ninguna culpa, por la simple razón de que no fué hecho.

No me extendiendo más. Mientras escribo el final de esta carta (que os ruego publicéis) se me ocurre que tal vez sería

útil exponer del modo más objetivo posible ciertos acontecimientos y movimientos principales de Italia desde 1918 hasta hoy... Si no me falta el tiempo, haré algo de eso para LA PROTESTA.

Saludos afectuosos, vuestro y de la anarquía

Luigi Fabbrì

La decadencia del arte humorista en Francia

Los cinco años de guerra, de sufrimientos, horrores y sangre, han sido para muchos artistas un sueño terrible, del cual no han logrado aun completamente despertar. Las consecuencias de un tan largo ostracismo artístico, que indubablemente ha sido la causa del desconcierto que en el Arte en general se nota, una vez terminadas las hostilidades, se ha dejado sentir con mucha más intensidad en el humorista, para el cultivo del cual se necesita una especial disposición de espíritu.

La última exposición celebrada en el "Salón de Humoristas", y en cuyas paredes se exponen las obras de las más autorizadas firmas francesas, nos ha dado una idea de la crisis intensa que sufre, resultado lógico de la pobreza espiritual que lo inspira.

¿Puede considerarse esta crisis como consecuencia de la desorientación que sufre el arte adolescente, y que trata de desasirse de las antiguas normas que lo aprisionan para dirigirse solo, con paso firme y seguro a la conquista de un ideal? No. El arte humorista en Francia se tambalea precisamente por falta de ideal, y en su "materialización" encontraríamos, si no el único, el más importante factor de su actual decadencia.

La mayoría de los modernos humoristas emprenden una carrera sin freno para llegar lo antes posible a un resultado material, y en cuyo loco apresuramiento olvidan las reglas más esenciales del arte humorista.

Sus obras carecen en absoluto de ideología y sensibilidad. Construyen la línea elegante, no como consecuencia del asunto que desarrollan, sino por equivocado valor estético; se amparan de todos los resortes ficticios del dibujo, olvidan la leyenda, la anécdota, se apartan del alma popular cuando es el arte que está más sujeto a sus oscilaciones morales.

Sus cabezas rebosan de sistemas y teorías. Por eso, en lugar de crear imitan. Contemplad sus desnudos, Coutrot, Delacroix, Ingres, Charni, aparecen horriblemente mezclados, y en lugar de la voluptuosidad espléndida, magnífica, de los citados maestros, nos dan la triste prueba de su impotencia ridícula.

Poseen un concepto erróneo del humor. Pintan la "carcajada" para hacer nacer la "sonrisa". Su humorismo es de clown.

El verdadero humorista no trabaja para tender la mano. No es el payaso. El pinta para decir la verdad en toda su desnudez, completa, brutalmente. Sus obras son de un verdadero valor psicológico, en las cuales cada detalle es un capítulo de ironía; cada sonrisa una sátira que diése y en las que vemos las figuras que creó el autor burlarse con cierto desprecio e insolencia de todo lo que les rodea.

Este es el que triunfa, el que encontró en la expresión del dibujo el consuelo del alma, el placer inefable de poder escupir a la faz del mundo su cólera y su desprecio. Por eso su cara es inmensamente triste.

Los modernos son los que ríen sin amar ni odiar, insaciables de egoísmo, de laureles, de vanidades, tambaleante estatua de ignorancia y orgullo.

Afortunadamente quedan aun los viejos Poulbot, Forain, Meunout, rodeados de algunos jóvenes, de entre los que sobresale René Paris, dispuestos a curar el arte humorista de la parálisis que lo aprietta y hacerlo resurgir esplendoroso, radiante, en su manifestación más activa, evitando su total derrumbamiento.

En ellos tenemos todos los devotos del "Humorismo Francés" puestas las esperanzas.

JOAQUIN PERA

DIVULGACIONES CIENTÍFICAS

Decómo el espacio es curvo

Una de las ideas más difíciles en la Teoría de la Relatividad es la de la curvatura del espacio. Estamos tan lejos de comprender la clase de curvatura a que se refieren que nos parece faltar de sentido hablar de un espacio curvo. Sería muy fácil concebir un espacio de forma esférica; mas es muy difícil comprender, cómo, no siendo esférico, puede ser intilmente curvo.

Una mesa cuadrada tiene una superficie recta; pero si la arqueamos, sigue siendo cuadrada y su superficie se vuelve curva. Un espacio puede no cambiar de contorno y volverse curvo de la misma manera. Esto último no podemos imaginarlo; pero sí comprenderlo.

El punto principal de este asunto lo envuelve esta ingenua y sencilla pregunta: ¿qué es una línea recta?

Euclides, sabio griego, la definió como camino más corto entre dos puntos; mas esta definición presupone un espacio recto. Aplicada a una superficie, sólo será válida cuando ésta sea recta. En los mares, el camino más corto para ir de un punto a otro, es un arco de meridiano, que es curvo.

Estamos persuadidos de que existe en nosotros, como concepto intuitivo, una línea de absoluta simetría, a la cual le vamos a llamar recta abstracta. Pero físicamente sólo poseemos la vista, como sentido que nos muestra el concepto de recta. Alinear es, en efecto, mirar de un extremo a otro de una vara; y no poseemos otro medio de saber cuándo una arista es recta que haciéndola coincidir con nuestra vista.

¿Habrá en verdad, un camino más corto que el que recorre nuestra vista? ¿Habrá un camino más recto que el que va de nuestros ojos a un punto del espacio?

Por donde estudiemos este asunto, tenemos que concluir aceptando que línea recta es la trayectoria de un rayo de luz; y que cualesquiera que sean las formas que nuestras fantasía quiera imaginarle, nuestros ojos la verán siempre recta. Puede, pues, el que quiera, suponer curva la trayectoria luminosa, suponerla quebrada o haciendo las contorsiones que desee, que nuestra vista la verá invariablemente recta.

Debemos recordar que la línea horizontal fué por muchos siglos una línea recta; pero el descubrimiento de su "no rectitud" trajo la curvatura de la superficie de los mares y la redondez de la tierra.

Vamos a ver ahora que la luz tampoco es recta; y de igual manera su "no rectitud" va a traer la curvatura del espacio y una nueva redondez del Universo.

Recurramos a un ejemplo: Si en un disco de fonógrafo en rotación trazamos una línea recta, será fácil ver deteniendo la marcha, que el trazo es curvo; y su curvatura dependerá de la rapidez del trazo y de la velocidad del disco.

Si desde la Tierra en rotación trazamos una recta en el espacio, por igual motivo el trazo será curvo. Del mismo modo; si un cuerpo pasa ante nuestros ojos describiendo una trayectoria recta, su trazo en el espacio será curvo. Como la física demuestra que la luz trascurre en línea recta, es evidente que su trayectoria verdadera es curva.

Mas ya hemos dicho que cualquiera que sea el camino que se le atribuya a la luz su trazo es siempre recto para nosotros.

Un habitante solar, ratiocinando de igual modo, comprenderá que su rayo de luz es curvo; pero él lo ve recto. Ahora bien; como la rotación solar es distinta de la terrestre, las curvas serán también distintas. Más recuérdese que tanto los solares como los terrestres, ven rectos sus rayos de luz; luego las rectas solares serán curvas para nosotros, y las nuestras curvas para ellos. He aquí la relatividad de la forma.

Esta curva de la luz ha sido comprobada en el eclipse de mayo de 1918 y su grado fué determinado anteladamente por Einstein.

Fácil es ahora comprender que la rectitud es una cualidad que no depende de los cuerpos solamente, sino de sus relaciones con el observador. Nuestras rectas solo son rectas para nosotros y todas las rectas ajenas a nuestros movimiento (en movimiento relativo a nosotros) las veremos curvas. El espacio definido por los cuerpos es, pues, curvo. Ya es ahora más fácil comprender que esta curvatura la define el movimiento, es decir el tiempo; y que concebido un espacio unido al tiempo, como lo hacen los relativistas, es necesario añadirle una dimensión más. El Continuo espacio-tiempo es por lo tanto de cuatro dimensiones. Su cuarta dimensión es el tiempo.

Los clásicos creen que la luz lleva una trayectoria recta a través del espacio absoluto y esta idea es seguramente la misma que la del lector; que al pasar por el Sol o la Tierra, sigue esa misma dirección y por lo tanto las rectas definidas por la vista serían curvas en ambos astros; más debido a su poca curvatura no son apreciadas.

Para aceptar esta hipótesis hay que admitir, antes, que llevamos en forma inmaterial un concepto de recta con la cual comparamos al rayo de luz; mas es difícil comprender cómo es que no teniendo realidad física este concepto abstracto, sea posible la comparación.

Los relativistas creen que no existe tal dirección absoluta de la luz. Al pasar por cada masa, lleva para sus habitantes el concepto de recta; lleva el punto de partida de todo conocimiento físico; lleva el origen de las cosas. Mas si es contemplada por un habitante de otra masa, su trazo aparecerá curvo; aparecerá como si esa masa la atrajera.

Puede ya vislumbrarse que la ley de la inercia que hace caminar a los cuerpos



VIAU — Grabado en madera.

abandonados en línea recta, y la gravitación universal que los atrae a su seno, van a sufrir un serio trastorno en su concepto, en la nueva Teoría de la Relatividad.

JAIME SALTIEL

Rabindranath Tagore

El sereno aeda, el rabino hindú ha llegado el día 6 a esta tierra feraz en todo género de imbecilidades y que posee un muestrario completo de todas las ridiculeces, todos los vicios y todas las lacras de la civilización europea, corregidas y aumentadas.

Somos los "parvenues", en todos los órdenes de la vida. Somos los improvisados de la cultura, y en ciencia, arte y literatura nos abastecemos de segunda y tercera mano.

A fuerza de vivir tomando prestado hasta las más ínfimas cosas, disfrazándonos con las más diversas vestimentas; a fuerza de simular, ahorrando el poco carácter que tenemos, carecemos de la menor personalidad. Somos lo amorfo, lo desvaído, rostros borrosos tan comunes, tan comunes que no hay memoria que por poderosa que sea, pueda retenerlos y recordarlos.

En nada nos hemos distinguido, en nada que sea elevado, o que siquiera rebalse la brutalidad de la vida material.

Si en algo hemos descollado es en la grosería de los apetitos más insanos y en la vanidad exasperada, eje constante de todas nuestras minúsculas actividades. Somos, en el concierto de las razas, el grajo que se viste con plumas ajenas.

Pero la vanidad más tiránica que padecemos y que arrasa y asola nuestras almas, convertidas en páramos infecundados, es la sed embriagadora del oro, la fiebre tormentosa de las ganancias, de las ganancias inmoderadas, habidas por cualquier medio.

Por un puñado de monedas nos ponemos en todas las posturas y somos capaces de cometer todas las acciones, desde la más indigna hasta la más cobarde.

La vanidad y el oro son las llamas perennes de nuestro ser.

Nuestra peculiaridad que más nos singulariza consiste en tener todos los defectos y escasísimas virtudes.

Por otra parte nuestro suelo es muy fértil, aunque sus habitantes son más fértiles todavía en las más variadas estupideces.

Además hemos perfeccionado la raza ca ballar, la vacuna, la porcina, y en la piscicultura hemos recabado algunos premios. Somos compasivos con los animales que matamos para alimentarnos.

Ya se puede inferir que a pesar de todas las taras que nos agobian, hay cualidades que nos honran y nos hacen dignos de la estimación de los demás.

Ahora, poeta, si no os interesan los pajarillos Shorton y los carneros Rambouillet, entonces es mejor que, arremanagando vuestra túnica de lino cándido, regreséis a bordo, porque son los únicos dones que podemos ofrecerlos y los productos más evolucionados de este país.

Poemas

Simplicidad

Las manos enlazan a las manos y los ojos se aduermen en los ojos: así empieza la historia de nuestros corazones.

Es una noche de marzo. La luna esplendente embalsama el aire. Mi flauta yace en el suelo abandonada y tu guirnalda se halla sin concluir.

Este amor entre tú y yo es sencillo como un canto.

Tu velo color azafrán embriaga mis ojos. La corona de jazmín que me has tejido sobresaleta mi corazón como una alabanza.

Es el juego en el que se ofrece y se niega, mostrando lo que se tiene para disimularlo en seguida: sonrisas, pequeñas timideces y dulces luchas inútiles.

Este amor entre tú y yo es sencillo como un canto.

Las Flores

He cogido tus flores, ¡oh, mundo! Las he oprimido contra mi corazón, y las espinas me lo han desgarrado.

Cuando declinó el día y ascendieron las tinieblas, encontré la flor marchita, pero el dolor quedó.

Tendrás flores todavía, ¡oh mundo! Flores perfumadas y orgullosas.

Solamente que, para mí, el tiempo de cogérlas ha fenecido y durante la negra noche no tendré más rosas porque el dolor quedó.

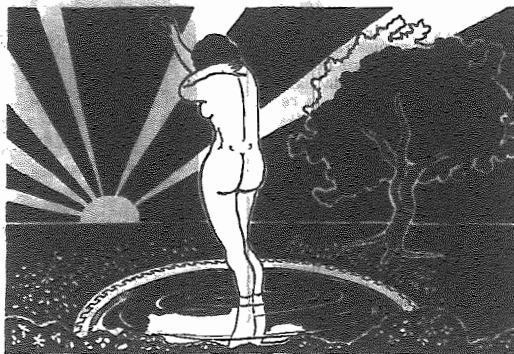
Silencio de la Belleza.

En el tumulto impetuoso y ensordecedor de la vida ¡Oh Belleza! esculpida en la piedra, permaneces muda e inmóvil, sola y distante.

El Tiempo se halla acurrucado, amoroso, a tus pies y algo me murmura: —Háblame, háblame amor mío; háblame prométida mía.

Pero tu lenguaje continúa encerrado en la piedra ¡oh, inmutable Belleza!

RABINDRANATH TAGORE



Los últimos días de Tolstoy

RELATO INÉDITO DE SU HIJA ALEJANDRA

IV

EL MAL SE AGRAVA. — TOLSTOY RECHAZA A LOS MEDICOS. — QUIERE RELEER TODO LO QUE HA DICTADO. — ÚLTIMAS PALABRAS. — LA AGONIA.

La noche del 3 al 4 de noviembre fué una de las más angustiosas... La tarde la pasó relativamente bien; mi padre había conservado toda su lucidez de espíritu. Me acuerdo que en el momento en que alguno de nosotros arreglaba su lecho, dijo de pronto:

—¡Y los mujiks! ¡En qué condiciones mueren los mujiks!

Y rompió a llorar.

Hacia las once de la noche comenzó el delirio. Padre nos pidió anotáramos lo que decía, pronunciando ya palabras incomprensibles, ya palabras truncas. Y cuando nos exigía que leyéramos lo que había dicho, no sabíamos cómo salir del paso, insistía:

—¡Pero leed, pues, leed!

Tratamos de anotar esas divagaciones y de leerlas tal como las pronunciara; advirtiéndole entonces que la lectura pecaba por falta de continuidad, nos rogaba que comenzáramos a leer otra vez. Tuve que despertar, finalmente, a Vladimir Grigorievitch y le aconsejé leyera a mi padre *El circuito de lectura*. León Nikolaievitch se calmó en seguida. Y durante toda la noche le leímos por turno; padre escuchaba atentamente, deteniendo a veces al lector y rogándole le repitiese lo que había entendido mal o preguntando de quién era el pensamiento leído.

La mañana no fué mejor. Padre seguía pronunciando palabras ininteligibles, gemía en alto voz, nos suplicaba comprendiéramos su pensamiento, que le ayudáramos...

Por momentos hablaba distintamente y de una manera clara. Repentinamente dijo a Tchertkov:

—Creo que me muero; puede, también, que no.

Un nuevo síntoma inquietante apareció: padre agitaba sin cesar sus dedos llevándolos de un extremo al otro de la cama, y vice versa. Esto me alarmó bastante. Recordé que el mismo movimiento de dedos manifestose en mi hermana María dos días antes de su muerte. En otros momentos, quedaba absolutamente inmóvil, se callaba, ni siquiera gemía y miraba fijamente. Había para mí, en esa mirada, algo absolutamente nuevo, lejano.

—¡Es el fin! pensé. Otras veces se esforzaba por demostrar algo, por expresar alguna idea fija. Trataba de hablar, pero sintiendo que no decía lo que era necesario, gemía dolorosamente.

—No pienses, le dije.

—¿Cómo no pensar? Es necesario, es imprescindible.

Y él trataba aún de expresar algo, se

agitaba y parecía sufrir mucho. Fatigado, se adormeció. Despertose a las tres, pareció más calmado, y pidió de beber. Varía le trajo té con una rodaja de limón. Cuando salió, me dijo:

—¡Qué buena enfermera es Varitchka! Sólo las mujeres saben cuidar tan bien.

Le propuse la idea de lavarle la cara. Consintió en ello. Tomé el agua, la mezclé con un poco de agua de Colonia y me puse a lavar su rostro. El sonreía, cerraba los ojos, y sus rasgos expresaban tanto cariño, tanta dulzura! Evidentemente le era muy agradable. Cuando hube terminado de lavarle por un lado, me presenté el otro y me dijo:

—El otro lado, ahora, y no olvides las orejas...

Estando los dos médicos físicamente agotados por las emociones experimentadas y las noches pasadas en vela, propuse al Dr. Nikitine y a Douchan Petrovitch hacer venir en su ayuda al doctor Berkenheim, lo que aceptaron de buena gana.

No abandoné a mi padre en toda la noche. No hacía más que agitarse, gemir. Me pidió de nuevo anotara sus pensamientos; tomé un papel, un lápiz, pero no había dicho nada y ya quería le leyera lo que me había dictado.

—Lee lo que he escrito; ¿por qué te

podría sostenerlo y caerla; traté, entonces, de calmarle, de retenerle en la cama, pero él luchaba, diciendo:

—¡Deja, deja; tú no tienes el derecho de retenerme, deja!

Viendo que no podía apaciguarle, pues más súplicas nada lograban, me puse a gritar:

—¡Doctor! ¡Doctor! ¡Venga!

Creo que era el doctor Semenovskiy el que estaba de servicio en ese momento. Entró con Varía y logramos apaciguar a mi padre y mantenerlo en el lecho. Comprendí el sufrimiento que soportaba y al no poderlo socorrer, sufría con él.

Por la mañana, dijo con voz muy débil:

—Estoy muy fatigado; me estáis torturando.

Varía le propuso beber un poco de agua.

—Eso no sirve para nada, dijo con voz acariciadora. Pero aún así, dadme.

Tomó el vaso en la mano y se puso a beber, pero vertió el líquido.

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! gimí.

El doctor Berkenheim, llegando de Moscú, trajo consigo, conforme a nuestra demanda, una cama, pues la que mi padre ocupaba tenía algunos resortes rotos. Padre rehusó al principio cambiar de lecho, pero terminó por decir dulcemente:

—Vaya, transportadme, ya que eso os place.

Mientras estábamos absorbidos por los cuidados que prodigábamos al enfermo, en torno de nuestra casa hormigueaban los corresponsales afanosos de saber la menor noticia; también surgieron algunos "cinematografistas" y estereotiparon todo lo que cayó bajo su objetivo: mi madre, mis hermanos, nuestra casa, la estación. Ese día llegó de Optina el padre Varsonophy quien elevó una petición a todos los miembros de mi familia solicitando se le permitiera acercarse a Lev Nikolaievitch, a fin de hacerlo entrar antes de la muerte "en el seno de la Iglesia ortodoxa". Mi hermana Tania y yo nos habíamos sentado a la cabecera de mi padre. Hipaba sin cesar. Tania me instó que le diera algo de beber:

—¡Qué dolorosos deben ser esos hípotes!

añadió.

Nosotros creíamos que padre estaba semi dormido.

—No, no son dolorosos, dijo al oírnos.

En el transcurso del día, permanecimos todos en el comedor. Mi hermana y el doctor Semenovskiy quedáronse cuidando al enfermo. Parecióle a mi hermana haberle oído decir una palabra que se asemejaba a "Sonia". No comprendiendo bien, preguntó:

—¿Quieres ver a Sonia?

No respondió y dióse vuelta hacia la pared...

La noche del cinco al seis de noviembre fué relativamente buena. Por la mañana el termómetro marcó 37°, el corazón latía débilmente, pero con más regu-



TOLSTOY EN SU LECHO DE MUERTE, EN UN CUARTO DE LA ESTACION DE ASTAPOVO

callas? ¿Qué he escrito? repetía irritado, se cada vez más.

Generalmente éramos dos los que vigilábamos por turno; esta vez yo había quedado sola al lado de su lecho. El se adormeció; de pronto levantose, con un movimiento brusco y sacó las piernas de la cama. Yo me aproximé.

—¿Qué quieres, papá?

—Deja, déjame.

E intentó abandonar el lecho. Yo preveía que en el caso que se levantara no

labilidad que la víspera. Excepto Berkenheim, que no guardaba ya mucha esperanza, los médicos recobraron la confianza e, interrogados por nosotros, nos dijeron que aún había esperanzas, aunque la situación fuese grave.

A las dos de la mañana llegaron los doctores Stechourovsky y Oussor (1), que mía parientes y los médicos mandaron buscar a Moscú.

(1) Médicos de fama.

Mi padre dijo:
Me acuerdo de ellos...
Luego añadió con acento enternecido:
—Excelentes hombres...

En el momento en que los dos médicos examinaban a mi padre, éste rodeó con sus brazos a Oussou para abrazarle, tomándole, sin duda, por Douchan Petrovitch; y advirtiéndome su error, dijo:
—No, no es Douchan, no es.

Stchourovsky y Oussou juzgaron la situación poco menos que desesperada.

Yo ya lo había adivinado sin ellos, aunque todo el mundo hubiese recobrado el ánimo por la mañana. Todas mis fuerzas físicas y morales me abandonaron repentinamente. No pude retener los sollozos que me ahogaban...

Me cuesta mucho proseguir el relato. No me acuerdo ya casi nada de lo que sucedió después; todo desapareció para mí, substituyéndose en un solo sufrimiento (2).

Mi padre parecía, ese día, dar su último adiós a todos. Miró tiernamente a Douchan Petrovitch y, con acento de infinita caricia, dijo:

—Querido Douchan! ¡Querido Douchan!

En otra ocasión, estaban cambiando las sábanas de la cama, y yo sostenía la espalda de mi padre. Sentí que su mano buscaba la mía. Pensé que quería apoyarse en mí, pero él tomó mi mano, la oprimió una vez, luego una segunda. Yo me inclinaba hacia la suya y poseí mis labios sobre ella tratando de retener mis sollozos.

Más tarde nos habló a mi hermana y a mí con palabras que nos convencieron que no debíamos entregarnos a la desesperación, haciéndonos recordar que la vida nos ha sido dada con el designio expreso de llegar a una meta y que nosotros tenemos el deber de continuarla independientemente de todas las circunstancias, a fin de servir, en la medida de nuestras débiles fuerzas, tanto a Aquel que nos ha enviado, como a los hombres.

El lecho se hallaba en el medio de la habitación, mi hermana y yo estábamos sentadas a su vera; de pronto mi padre, con movimiento brusco, sentose casi en la cama. Yo me aproximé.

—¿Es necesario arreglar algo? pregunté.

—No, dijo con voz firme y distinta. Lo único que deseo haceros recordar es que en el mundo existen otros hombres mucho más importantes que León Tolstoy, y vosotros no pensáis sino en mí.

Dejose caer otra vez sobre el almohadón. Estas fueron las últimas palabras que nos dirigió.

Su estado empeoró súbitamente. El funcionamiento del corazón se debilitó extraordinariamente y el pulso se hacía sentir apenas; los labios, la nariz y las manos se azularon, y el rostro se adelgazó; la respiración apenas era perceptible. Todos creían que era el desenlace; pero los médicos no perdían la esperanza aún, o fingían no perderla. Le administraron inyecciones, le dieron a respirar oxígeno, le aplicaron ventosas. Y la vida volvió, el pulso se hizo más sensible, la respiración más profunda.

Por la noche, alguien me dijo que el padre Varsonophy quería verme. Todos mis allegados y los médicos respondieron con una negativa rotunda al deseo que aquél había expresado de ver a mi padre; pero él creyó, pese a ello, de su deber dirigirme la misma súplica. Yo no quería y no podía recibirle y le escribí la misiva siguiente:

—Perdonad, padre, si no correspondo al deseo que expresáis, de venir a conversar conmigo. Yo no puedo abandonar a mi padre enfermo, a quien puedo ser necesaria en cualquier momento. Nada puedo añadir a lo que habéis oído de todos los miembros de nuestra familia.

—Todos hemos decidido, por unanimidad, obedecer la voluntad de mi padre, fuera la que fuere. Faltando ésta, nos sometemos a las indicaciones de los médicos, quienes estiman que sería fatal para su salud el proponerle algo o el influir sobre su voluntad en este momento.

Con profunda estima, le saluda,
Alejandra Tolstoy
5 de noviembre de 1910. Astapovo.

(2) Puedo dar, sin embargo, algunos detalles merced a las notas de A. P. Serguéin que quien anotaba en su carnet todos los acontecimientos y palabras de Lev Nikoláievitch.

En respuesta, recibí del padre Varsonophy estas líneas:

—Vuestra serenidad,
—Muy honorable condesa Alejandra Lvovna.

—Deseo que Nuestro Señor Jesús Cristo os conceda paz y alegría.

—Agradezco humildemente a Vuestra Serenidad por vuestra carta, en la que me notificáis que la voluntad de vuestro padre debe ser, según vos y vuestra familia, colocada en primer plano. Pero no ignoráis, condesa, que el conde había expresado a su hermana y tía vuestra, la religiosa María, el deseo de vernos y conversar con nosotros, a fin de alcanzar la paz deseada por su alma y que había sentido profundamente no poder realizar ese anhelo. En consecuencia, os suplico humildemente no rehuséis hacer conocer al conde mi llegada a Astapovo y, en el caso que quisiera verme, por dos o tres minutos solamente, yo me presentaría en seguida. En caso de una respuesta negativa de parte del conde, yo regresaría a Optina Poustyne, abandonando este asunto a la voluntad divina.

—El pecador, superior Varsonophy, vuestro indigno servidor.

—1910, noviembre, sexto día. Astapovo.

A esta carta del superior Varsonophy no respondí, aunque, por otra parte, no tuviera predisposición alguna para hacerlo. Le parecía a todo el mundo que el estado de mi padre mejoraba y la esperanza renacía. Sin embargo, mi padre fanfesteaba su descontento cada vez que el médico le molestaba. Cuando el doctor Nikitine le propuso un enema, diciendo que esa operación haría desaparecer el hipo, él respondió:

—Dios arreglará todo.

En otra ocasión observó:

—Esas no son más que tonterías; ¿para qué cuidarse?

A la noche todos fueron a descansar, salvo los doctores Berkenheim y Oussou. Yo también me adormecí. A las diez de la noche se me despertó: el estado de mi padre empeoró. Se ahogaba; se le levantó y, sostenido por nosotros, permaneció sentado, las piernas fuera de la cama.

—Me ahogo, balbuceó con pena.

Se despertó a todos. El médico le dio a respirar oxígeno y propuso una inyección de morfina. Mi padre rehusó.

—No, no; no quiero.

Después de consultarse, los médicos decidieron inyectar alcanfor, a fin de activar los latidos del corazón. Cuando quisieron efectuar la operación, padre retiró el brazo. Pero al decirle que no era morfina sino alcanfor, aceptó.

Después de la inyección pareció sentirse mejor.

Llamó a Serioja; cuando éste se hubo acercado, dijo:

—La verdad... Yo amo mucho... Como ellos...

Estas fueron sus últimas palabras.

En esos momentos creíamos que el peligro había pasado. Todos se calmaron y volvieron a acostarse, excepto los que estaban de guardia.

Durante todos esos días yo no me vestí y casi no había dormido; esta vez tenía tantas ganas de dormir que no pude resistir. Me recliné sobre el diván y me dormí profundamente. Hacía media noche fui despertada. Todo el mundo estaba allí. El estado de mi padre se había vuelto a agravar, gemía, se agitaba en el lecho; el corazón cesó casi de latir. Los médicos le inyectaron morfina y durmió hasta las cuatro y media de la madrugada. Los doctores le administraron varias inyecciones más. Él permanecía acostado de espaldas y un silbido rónico escapábase de su garganta; me pareció que la expresión de su semblante era grave, seria y lejana.

Se movía paulatinamente.

Se pensó hacer entrar a Sofia Andrelevna. Yo me aproximé a mi padre: respiraba apenas. Besé por última vez su rostro, sus manos...

Se introdujo a mi madre; él estaba ya sin conocimiento. Yo me aparté y me senté en el diván. Casi todos los que se hallaban en la habitación sollozaban angustiosamente; mi madre decía algo. Se la rogó se callase. Oyose aún un suspiro, el postrero. Todo había acabado. El silencio reinaba en el cuarto.

Repentinamente, Stchourovsky pronunció algunas palabras con acento sonoro y brusco; mi madre respondióle y todos se pusieron a hablar. Comprendí que ya no nos oía...



LA TUMBA DE TOLSTOY EN EL BOSQUE DE YASNAIA-POLIANA

Termino estas líneas diez y ocho meses después de la muerte de mi padre.

Hoy, como entonces, no puedo acostumbrarme a la idea de que mi padre, que consagró todas sus fuerzas al servicio de Dios y de los hombres, que sufrió sin haberlo merecido, toda su vida, no haya podido vivir sus últimos días en el medio simple y apacible del pueblo, rodeado por los hombres que le amaban; no puedo avenirme a la idea de no ver nunca más

su sonrisa cariñosa, sus profundos ojos grises, sus blancos cabellos, ni tampoco oír su voz. Y únicamente el meditar que todo su ser moral, toda la herencia espiritual que nos deja, no morirá ni podrá morir nunca, me consuela en mi aflicción y me da la energía de continuar viviendo y esperando realizar, en la medida de mis débiles medios, una pequeña parte del legado que nos hizo.

ALEJANDRA TOLSTOY

La humanidad libre y el nacionalismo

III

Reconozco tanto el nacionalismo cultural como rechazo el nacionalismo estatista, aunque esté velado por las más bellas declaraciones de independencia. El nacionalismo cultural, es decir, el placer estético que se siente al oír hablar una lengua que nos es completamente familiar, al encontrarse entre hombres que conocen las mismas tradiciones, conservan los mismos hábitos, etc. — ese no es un sentimiento obligatorio e indispensable. Al contrario, hay algunos a quienes eso hasta y que no quieren más que sensaciones extrañas, siempre nuevas, — otros aun, para quienes todo eso es indiferente. Pero es un sentimiento que puede causar placer y como tal es bienvenido, siempre que no sea acompañado de algún orgullo supremamente absurdo.

Con ese sentimiento es perfectamente compatible el verdadero internacionalismo, puesto que consiste en el reconocimiento absoluto de las diferencias que los hombres de otras nacionalidades presentan a nuestros ojos, y nuestra solidaridad perfecta con ellos, si son personalmente dignos de simpatía.

Todo hombre de naturaleza progresiva gusta de encontrarse en el medio más ampliamente abierto a todo hombre de bien y es un rasgo de estrechez y de pequeñez el reclamar una separación de los otros hombres por causa de nacionalidades. El nacionalismo estatista no hace más que eso; lanza gritos, fomenta guerras, no está tranquilo hasta haber reunido todos sus connacionales en una jaula como si fuesen especies de animales salvajes de un zoológico a quienes hay que separar de los demás animales para que no se desgarran entre sí. ¿Hay algo más antisocial que esa ruptura de la humanidad común a todos nosotros?

Eso es tanto más absurdo cuanto que en todo el siglo XIX en Europa se ha hecho exactamente lo contrario y se ha encontrado bien — se ha tratado de reunir y no de dividir los hombres. Se ha visto que las necesidades económicas son la base de toda vida social viable, y esas necesidades se oponen naturalmente a los desmembramientos. Si hubo desmembramientos fueron siempre pura y simplemente por el capricho de los vencedores y las medidas de revancha, explotación y castigo y sería extraordinario ver a los anarquistas considerar eso como liberaciones.

Esas reacciones de nacionalidades son un desafío al internacionalismo y su derrota por largo tiempo, porque no han apaciguado ningún sentimiento nacionalista y, al contrario, han fomentado odios

permanentes que bloquean el camino a los sentimientos humanitarios. Europa ha sido transformada en Estados-prisiones nacionales que rechazan la fraternidad, la federación y el internacionalismo y tienen tan mala conciencia que no saben más que acentuar el militarismo y reprimir el socialismo, en tanto que no se haya vuelto nacionalista-estatista. Se ha creado verdaderamente una situación europea deplorable, sin salida para nadie y que pone todos los asuntos más que nunca en manos de la diplomacia secreta, de los grandes industriales y de la finanza internacional. Europa es así tan "esclava y oprimida" como se puede serlo y más que lo ha sido jamás, porque su deuda a la finanza internacional no hace sino crecer, y en esas condiciones la independencia de casi todos los Estados, grandes y pequeños, antiguos y nuevos, no se ha convertido más que en una palabra vacía: la finanza y los industriales tienen en sus manos todos los hilos. ¿Qué dan los anarquistas al pueblo en esta situación? Bien poco, en mi opinión. Están aun en discusiones sin fin con la nueva tiranía rusa, en organizaciones y reorganizaciones socialistas que agrupan y reagrupan los hombres de buena voluntad, pero que no tienen ante sí más que algunas luchas económicas y que parecen más bien movidos en una posición de defensiva. Existen algunas discusiones sobre los medios más prácticos de acción anarquista, pero se detienen en los obstáculos iniciales que ponen aquellos que se creen deshonrados por el pensamiento de que puedan condescender a hacer algo práctico —, o la cuestión eterna entre individualistas y comunistas (anarquistas) se interpone y no se avanza nunca una pulgada más desde que la cuestión se planteó por primera vez. Hay un esfuerzo en fin por ganar la opinión pública en favor de la suerte de los presos, — esfuerzo de lo más simpático, pero que es de pura defensiva. No veo que se avance, — no en las obras de propaganda inmediata, sino ante la opinión pública general, puesto que no se tiene nada que decir. Este último hecho me parece grave, pero no creo haber dicho demasiado.

Se está encerrado en la cuestión económica y se acepta la situación para el resto. Se cree que entrar en la política o exponerse al reproche de ser germanófilo si se ocupase uno seriamente de la situación general de Europa. Se deja hacer; porque las protestas son tan reservadas y equívocas que no dicen gran cosa. De esa manera no se causará impresión alguna sobre hombres numerosos en todos los países a quienes el descontento y la desesperación

ración sublevan, pero que no ven otro partido de acción (aparente) que los partidos comunistas que hacen de ellos su carne de cañón.

No es así como se creará esa *mentalidad libertaria*, la única que con la acción antiestatista y la acción económica determinada crea ese conjunto que se puede llamar la eficacia o la verdadera combatividad anarquista. Cuando digamos algo al pueblo, seremos escuchados y nuestra idea adquirirá su fuerza. Sólo los anarquistas, cuyo amor y respeto a la libertad son incontestables, pueden decir la verdad sobre el nacionalismo estatista, la plaga de nuestro tiempo y una de las causas de nuestra ruina. Ellos solos pueden desenmascararlo, como embanderados en la libertad, en la independencia, para no realizar sino el estatismo peor. Sólo ellos pueden hacer eso, porque todos los autoritarios no ven en eso el mal y están encantados de que haya una media docena de Estados más. Y sólo los anarquistas pueden proclamar el verdadero remedio, indicar la vía directa, la de la abolición de los Estados, de las fronteras, de la completa sumisión de los llamados intereses nacionales de los países, de ese pretexto de los crímenes antiestatistas, en la *humanidad libre*, la patria mundial, la única que reconocemos.

Ser indiferentes hacia todas estas cuestiones, porque eso es política burguesa y porque sería igual para los explotados que su país fuera invadido, ocupado, anexo o no — es separarnos del mundo viviente. Es una manera abstracta de hablar que se emplea fácilmente para los países más lejanos; los que están realmente ellos mismos en semejantes situaciones y no reaccionan más que con la indiferencia absoluta, son raros y yo no buscaré entre ellos a los hombres de espíritu libre y de corazón noble que deben ser los anarquistas.

La humanidad presente sabrá vencer ese nacionalismo que la desgarrará, como hace cuatro siglos comenzaron a desgarrarla las luchas religiosas, llenando aproximadamente ciento cincuenta años de luchas estériles que por lo demás ocultaban tras sí luchas y rivalidades sociales y estatistas, como se ocultan tras el nacionalismo de nuestros días. He aquí una perspectiva terrible; las luchas de emancipación social, las de los campesinos rebeldes y las de los anabaptistas en plena rebelión al principio de ese período, — se agolgaron pronto y las luchas estatistas y las luchas por los bienes de la iglesia (una inclinación a la dominación de la finanza de nuestros días sobre los bienes de todo el mundo), esas luchas han continuado... Se mata y se arruina más pronto en nuestro tiempo y después de diez años de matanza y de ruina se está ya muy avanzado, pero quizás queda aun para 20 ó 30 años.

El socialismo ha faltado en 1914, ha faltado en 1917 y 1918, falta aun en 1924, y no aparecerá jamás; el comunismo, desde 1917, 1918 en rigor, se evapora o se fosiliza y se adapta. La anarquía, tan próxima a decir su palabra en 1920, ha caído también en el silencio. ¿Para cuándo la renovación?

Y ¿quién ha hecho un progreso rápido, enorme desde 1918? El principio antisocialista, antisocial, el de la división de los hombres en grupos hostiles y antisolidarios según el criterio accidental de la lengua o de la nacionalidad, aun creando al mismo tiempo una clase nueva de parias, la de las minorías nacionales anexionadas en los países nacionales.

¿Nos damos cuenta del carácter antisocial de esa nueva evolución que se ha desencadenado impensadamente, seducidos por la palabra de autodeterminación? Se han destruido algunos países en que habían vivido juntas nacionalidades diversas, con frecuencia desde hace siglos, en convivencia práctica que habría podido y debido servir de modelo y de núcleo de agrupación futura sin fronteras de los pueblos de lenguas diversas. Eran organismos creados por las mismas necesidades económicas que han inducido en todas partes a numerosos pequeños Estados a formar un gran Estado de vitalidad normal, cuando la vida separada de las pequeñas unidades se volvió una imposibilidad económica. Para formar esos grandes Estados, tales como Francia, Inglaterra, Italia, numerosos pequeños pueblos han renunciado, para llegar a una vida económica normal y próspera también en vastos confines, a su lengua local, a su existencia autónoma. El francés, el inglés, el italiano no es desde hace mucho

tiempo la lengua uniforme y universal de esos territorios presentes, sino que es una lengua en favor de la cual una cantidad de lenguas locales, no menos dignas de vivir su propia vida, han cesado de ser desarrolladas, pues la evolución histórica lleva en todas partes al uso convencional de una sola lengua para un territorio bastante extenso de confines naturales. Eso no implica la supresión de lenguas locales que, en tanto son viables, forman los dialectos hablados. Esos dialectos no son cultivados en Francia, por ejemplo, más que por el nacionalismo cultural que cuida el provenzal, la lengua bajo-bretona, etc. En los países en que, por el contrario, fueron destruidas esas lenguas, habían quedado de todos los tiempos lenguas escritas, literarias, que tenían su lugar en el derecho público, en la administración, etc., y cuya esfera se extendía continuamente por la educación pública y la vida social. Un no-alemán en la antigua Austria tenía garantías diversas para el empleo de su lengua en las transacciones públicas y privadas hechas en el vasto territorio del antiguo Estado, como por ejemplo un bretón o un provenzal, en Francia, un catalán en España. Al descubrir esa convivencia natural y secular se ha dado un impulso separatista a toda la humanidad.

Porque lo que es bueno para unos debe ser bueno para los otros y en todas partes se preparará a disolver los lazos que han producido una convivencia entre pueblos de lengua diversa, en todas partes se querrán crear Estados estrictamente nacionales que sin embargo no resisten nunca a la tentación de agrandarse, de incorporar las minorías nacionales débiles y que, en la práctica, son destinados a la desnacionalización forzosa. La humanidad parcelada se transforma en campos de concentración o fortalezas hostiles. La inmigración es siempre más mal vista, es más obstaculizada. El nacionalismo local está en la base de formaciones de una bestialidad excesiva que no se ha visto más que en este siglo desgraciado, como los fascismos de los diversos países. El militarismo es multiplicado, la burocracia, la diplomacia, las asambleas parlantes, — todo pulula más que nunca. Eso no es más que el comienzo, porque el impulso dado sigue su camino y aún hay muchos, muchos nuevos Estados a crear en todos los continentes, lo que no sucederá sin guerras o represiones notables. Ya Inglaterra y Francia encuentran mala esa complacencia en Egipto, en Siria, etc. En una palabra, la humanidad autodeterminada hará un día las delicias de los etnógrafos que verán los pueblos acorralándose a sí mismos en fronteras erizadas de aduaneros, cada cual en posesión de su fascismo nacional, que como el esclavista de otros tiempos, mantendrá buen orden entre los socialistas mediante el rebenque; esos etnógrafos irán de jaula en jaula a estudiar la diferenciación creciente de esos pueblos nacionalistas que en lo sucesivo quedan en casa, si no invaden algún vecino más débil como conquistadores, sin perjuicio de permitir a la Liga de las Naciones dar su bendición a los hechos cumplidos.

¡Qué perspectiva, qué retroceso! — porque lo que se hace es la reconstitución del mapa de hace 500 y 100 años y hay razón para no remontarse más lejos aún. Los únicos internacionales serán los financieros que tirarán de la mayoría de los hilos y para los cuales el proletariado, bajo el palo del fascista y el militarismo nacional, reducido para su existencia a su localidad, como el antiguo siervo que fué *glebae adscriptus*, separado de sus camaradas por la mentalidad nacionalista local cultivada en él, — trabajará más y más duramente para la burocracia y los ricos del país.

Si no se ofrece resistencia radical a esa evolución que el nacionalismo triunfante pone en marcha infaliblemente, no se podrá ponerle diques y detenerla y abrir un camino diverso hacia la humanidad libre que soñamos. Si se simpatiza con el nacionalismo que se disfraza de autodeterminación, se pierde la fuerza moral e intelectual para protestar contra el nacionalismo fascista y antisocial. No se puede estar con el uno sin preparar el advenimiento del otro.

He aquí consideraciones para una discusión sobre la creación de la *mentalidad libertaria* que hace falta y que toda insistencia sobre el terreno económico y aún antiestatista, no puede ni procurar ni hacer inútil. Es verdad que los hombres están bajo la influencia preponde-

rante de su situación económica, pero son dirigidos por un conjunto más vasto, por una mentalidad que se compone de las impresiones y tradiciones de orden muy diverso y no exclusivamente económico. Esa mentalidad está casi exclusivamente bajo el control de nuestros enemigos, por la educación, la prensa, por todo el ambiente público y social. Es deteriorada en nuestros días, en Europa, en un grado increíble — guerra y odios, autoritarismo, nacionalismo, fascismo, todo eso fué vertido en ella a un tiempo y continúa aún. Es contra eso contra lo que nos es preciso reaccionar radicalmente y no simplemente continuar en la vía apacible de la antigua propaganda que nos aportan algunos idealistas aislados, algunos grupos organizados, pero que dejan intacta y omnipotente la mentalidad autoritaria, nacionalista y que se vuelve ya antisocia-

lista de las grandes masas. Esto es sin duda causa de un concurso bien triste de circunstancias desfavorables, pero en parte la culpa está también en nosotros, puesto que no profundizamos bastante el estudio de los acontecimientos de muy grande y fatal alcance a los cuales asistimos desde hace diez años y más.

N E M O

17 de agosto.

Nota para el lector. — Recomendamos, después de haber leído este interesante trabajo, la lectura del artículo de Rocker, *El nacionalismo y la reacción moderna* (Nrs. 111 y 113 del SUPLEMENTO) y el de E. Nido, *El anarquismo y los movimientos separatistas* (Nr. 118 de el SUPLEMENTO). Creemos que la cuestión merece ser discutida serenamente (Red.).

Cómo el ejército español recluta y trata a sus mercenarios

¿Ustedes, por acaso, leen los comunicados españoles sobre la guerra de Marruecos?

Disimulando, la mayoría de las veces, alguna ruda derrota, terminan la enumeración de las pérdidas con este estribillo: "Hemos perdido un centenar de hombres pertenecientes a la legión extranjera".

Lo que da a entender que la sangre gloriosa del ejército español, por cierto no fué derramada, y si la fué no llegó a mayor cantidad. Y de este modo la dictadura militar trata de aplacar la cólera amenazante del pueblo español, presto a rebelarse contra sus dictadores.

Los profesionales españoles de la guerra edifican su "gloria" a costa de sus tropas mercenarias. Pero ¿cómo reclutan estos mercenarios, cómo viven, qué trato reciben, cómo se baten y cómo mueren, es lo que queremos saber, y lo supimos, después de una prolija investigación que realizamos durante una permanencia en España.

A la legión extranjera de España se le asignó el nombre de "Tercio Español". Fué fundada en 1920, mediante una pro-

Magníficas promesas fueron formuladas a los enrolados: sumas respetables de dinero, ascensos y todo lo que es susceptible de captar a los mercenarios. Los afiches que pudimos leer sobre los muros de San Sebastián, decían, entre otras cosas: "En la Legión extranjera se puede alcanzar el grado de capitán en poco tiempo".

A los que habían alcanzado graduaciones altas en los ejércitos extranjeros, se les prometía que los ascenderían rápidamente. La aristocracia y la clerecía española, frecuentaron los primeros campamentos de concentración que ocupaban las tropas mercenarias.

Les regalaban golosinas y exaltaban su futuro heroísmo, llamándoles "los legionarios destinados a morir". Después los consagraron caballeros de un hipotético reino del amor y de la gloria, haciendo de ellos unos Don Quijote bajo la égida de una moderna Dulcinea.

El primer jefe que tuvieron los voluntarios fué el teniente coronel Millán-Astray, quien, interpretando los sentimientos supuestos de sus subordinados, dirigió un saludo a las hermosas castellanas que

PROFESIONALES DE LA GUERRA



—¡AH, SE BATEN LOS ESPAÑOLES EN MARRUECOS!
—NO, LOS BATEN...

fusa propaganda en los diarios y por afiches fijados a la vista y en los puertos y ciudades españolas más frecuentadas por los extranjeros. Desgraciadamente esta publicidad no produjo más que mediocres resultados. Era necesario intensificarla. Propagandistas alquilados expusieron a todos los países donde la desmoralización había dejado en la calle un número bastante grande de fracasados y aventureros. Algunos franceses se avinieron a enrolarse, pero la mayor cantidad fué compuesta por alemanes e ingleses, conjuntamente con suramericanos y españoles, a quienes se ofrecía amnistías.

amadrinaron la Legión.

"Mujer, elemento primario del género humano, tú, a quien los hombres siguen tras tu huella, causa y finalidad última, no hay gloria sin tu sanción, ni hay tampoco alegría en este mundo sin tu presencia."

...Tu voz transporta a esas épocas de la historia, donde la vida no respetaba más que a los valientes (sic) y a los fuertes. Tu reivindicación exige un castigo inesorable, sin reserva, sin límites y sin sensibilidad. Orgullosa e insensible, tú deslumbras como una espada".

Esta literatura apropiada para una corrida de toros, era precedida por el "Credo del Tercio". He aquí uno de los párrafos: "...El espíritu de los legionarios es único y sin igual, su combatividad es ciega y feroz, ellos siempre buscan acercarse a los enemigos hasta llegar a la distancia de la bayoneta".

Los militares y civiles apreciaron esta definición del valor, según sus gustos y sus entendimientos. Pero a los legionarios les hizo poca gracia. Además, este Credo definía también el espíritu de marcha; "un legionario jamás dirá que está cansado, hasta caer extenuado; el espíritu de abnegación: jamás se quejará por cansancio, ni por hambre, sed ni sueño, etc."; el espíritu de combate: "fuera de servicio o de facción, no contará los días, los meses, los años, y la Legión siempre pedirá batirse"; el espíritu de muerte: "la muerte viene sin sentir, y no es tan terrible como parece" (sic).

Los voluntarios añadieron al "credo" unas estrofas que encontramos en el "Bulletin de l'Afrique française", julio 1924.

"C'est le pinard
C'est le pinard
La mejor cosa.
Para marchar
Cuando está lleno el pistón
Adelante el pelotón".

Ya no fué lo mismo cuando los legionarios tuvieron que entrar en campaña. Las decepciones excesivamente amargas no tardaron en sucederse. Por lo pronto, una disciplina feroz y de aviesa desconfianza empieza a reinar en sus filas. Estos soldados son tratados como enemigos por sus jefes, quienes temen la desertión, y para evitarla les prohibían que se bañasen en el mar.

Y ellos no tardan mucho en percatarse que no son más que carne de cañón, ya que en toda ocasión los arrojan contra los rifeños para que se hagan matar. Algunos hay que aceptarían valerosamente la muerte, si en el combate pudieran alimentar la esperanza de una probabilidad de ascender. Pero España los engañó: la promesa de otorgar el grado de oficial a quien se lo mereciera, fué una infame mentira.

Los primeros que se amotinaron fueron los del tercio inglés. "Le Bulletin du Comité de l'Afrique française" publica sus quejas. Son referentes a la alimentación: "Las dos pesetas prometidas como extra para los víveres han sido suprimidas, y la comida es incombible", etc.

En efecto, la policía francesa buscaba hacer poco al contador del cuerpo expedicionario, que se había refugiado en Pau, después de haber cometido un desfalco de varios millones de pesetas en la caja de la tropa que debía alimentar.

Después siguen las quejas de un orden más general. "Los planes estratégicos son de un arcaísmo desconcertante, y las tropas son conducidas al combate al son del tambor, y con banderas desplegadas. El uniforme se halla sucio y roto, por todo calzado un par de "espadrillas" — alpargatas — sin medias. Los campamentos son insalubres y la mugre nos come vivos", etc.

Descorazonado, el teniente coronel Millán-Astray elevó su dimisión — el día 10 de noviembre de 1922 — que provocó bastante escándalo. El comandante Franco le sucedió en el puesto, y poco tiempo después escribía al gobierno lo siguiente:

"En días pasados eran numerosos aquellos que aspiraban a figurar en las tropas de vanguardia, en contacto con el enemigo; y hoy, que éstos han sido diezmados, los reemplazan nuevos voluntarios, que entrevén en el horizonte una muerte gloriosa, que los hará dignos ante todos", etc.

En cambio, las deserciones se hicieron cada vez más numerosas, tanto que las autoridades españolas, redoblando su desconfianza hacia los legionarios, los hacían vigilar por indígenas, a quienes prometían una prima por cada desertor que cazaban vivo.

Al mismo tiempo los consejos sumarios hacían reinar el terror con las ejecuciones inmediatas por faltas aun leves.

Esta situación conmovió al gobierno británico. Sus conacionales, antiguos soldados y obreros detenidos en la calle por el paro forzoso, constituyeron la mayoría del Tercio. Mr. Lloyd George, después de algunas investigaciones, pidió, reclamó, hasta que exigió el licenciamiento de los voluntarios ingleses. No tan numerosos los franceses y los españoles, nadie intervino en su favor. Entonces una canción

circula entre las filas de esos desventurados. He aquí la traducción.

Me engañaron una vez, dos, tres.
Mi desgracia es ser español o francés.
Si yo hubiese sido alemán o inglés
Ya me habrían dado la derechípen...

Sea lo que fuere, a los evadidos que capturaban los constreñían a combatir para la mayor gloria del dictador. Y de los mandamientos del "Credo", solamente el espíritu de combate y de muerte les era accesible.

Esta dolorosa experiencia hubiera debido persuadir a España para que renunciase a su Legión Extranjera, separando a los voluntarios de todos los regimientos. Nada de eso sucedió, pues los numerosos desplazados se presentaban en masas a las oficinas de enrolamiento, atraídos por el dinero — 400 ó 700 pesetas — y el alcohol y las promesas de las autoridades españolas.

Los carteles de propaganda por lo menos son halagadores y llamativos, y uno que vimos fijado en las paredes del 6º de infantería de Sicilia, en San Sebastián, nos convenció más que los que pudimos ver en otras partes.

El día que nos detuvimos ante este afiche, en el barrio antiguo de la ciudad vasca, encapotada por un cielo demasiado azul, había una cantidad numerosa de montañeses que vinieron a España para ver la corrida de toros.

Contemplaban boquiabiertos el cartel brillante por chafarrinones de los colorines: algunos de ellos penetraban en el cuartel, y a pesar de la sonrisa del sargento de guardia, que los convidaba a beber un vaso de vino de Valdepeñas, no se dejaban embaucar fácilmente. Mientras que otros, menos desconfiados, se dejaban atrapar. Tanto peor para ellos si no saben volver sobre sus pasos antes de la experiencia de la segunda prueba, que hace que su incorporación sea definitiva.

Se enrolan por cuatro o cinco años. Es necesario no ser mayor de cuarenta años y de una buena constitución física. Pero las autoridades españolas tienen manga ancha para los casos accidentales y que no condicionen con el reglamento.

Cuando el candidato pasó la visita médica, recibe el pasaje para Ceuta y 2.50 pesetas de viático por día y en concepto de gastos de viaje. Se le dice que todavía no está definitivamente enrolado y que le queda tiempo para reflexionar.

En efecto, durante su viaje el futuro legionario sufre la primera prueba, que consiste en el "martilleo" de las promesas agrandadas y que le son repetidas una infinidad de veces. Hay civiles que se comiden por describirle el infierno que es aquello. Pero ahora que se halla libre de interrumpir el viaje, no tiene dinero para regresar; entonces continúa, confiando en que su estrella lo salvará. Delante de Algeciras, el último puerto español, se divisa la costa marroquí, donde se pierde Ceuta.

El voluntario vacila, pero no teniendo un centavo en su bolsillo, ¿cómo pensar en un posible retorno?

— Ya decidirás cuando te halles allá — le dicen sus acompañantes —; todavía tienes tiempo para echarte atrás. Si lo que ves no te gusta, podrás siempre hacerle repatriar.

Y el pobre diablo sube a una barcaza. Ya en Ceuta, es el teniente coronel quien le someterá a la última prueba.

El teniente coronel Millán Astray ha descrito estas diversas fases de la conversión del futuro legionario, en su libro que se titula "La Legión".

"Los hombres del contingente que desembarcan penetran en la oficina del teniente coronel, quien los saluda con estas palabras: Bienvenido seas, soldado, a la Legión. Aquí encontrarás afectos, un nido y una familia. Sólo se te pide valor y disciplina. Se te exige una obediencia ciega. Entrás en un cuerpo, cuya gloria crece con el sacrificio y la sangre de los suyos. Debes estar preparado a morir cuando el poder te lo reclame.

Y deberás soportar fatigas, privaciones dolores, heridas crueles, sin quejarte. En pago de todos estos sacrificios encontrarás todo lo que se te ha prometido como salario, alimentación, vestidos, promociones y recompensas. Si cometes alguna falta grave serás duramente castigado. Ahora puedes venir hacia nosotros con alegría y que Dios te conceda toda la felicidad que será para ti bien".

Sigue después el interrogatorio breve y paternal: ¿De dónde vienes; ¿Cuál es tu profesión u oficio?

Cada uno, ya fué prevenido que puede decir lo que quiere, y si le parece guardar silencio. La mayor parte dice la verdad; otros ocultan su verdadero nombre; unos aumentan y ciertos otros disminuyen su posición social; y a algunos se les llenan los ojos de lágrimas.

Después de los saludos del cuestionario, el jefe añade: "Legionarios, aquel que se arrepienta de su enrolamiento, aquel que tenga miedo de morir, basta que le diga al médico que le duele la garganta para que se lo exima de todo compromiso".

Esta es la prueba definitiva para el legionario. Los que no se quejan de dolencia alguna son incorporados. Pero aquel que desfallece es declarado inepto. Objeto de burla por los demás, pasa el tiempo necesario para gestionar su regreso, vagabundeando por los arrabales.

Pero son bien escasos los que llegados al país marroquí tienen la posibilidad de huir. Pues el legionario recalcitrante es tratado como un auténtico bandido por las autoridades españolas del lugar.

Entonces a este hombre no le queda más disyuntiva que morir: de hambre, mendigando un trabajo aleatorio por los muelles del puerto, o por las balas del enemigo. Y esto para un desesperado es casi lo mejor.

Por eso hay algunos que sucumben a la "prueba de la dolencia de la garganta", para arrastrarse luego hasta la presencia del coronel, a quien le declaran que su mal ha pasado y que serán soldados valerosos.

Entonces el cometido del coronel es escucharlos deferentemente... y enviarlos al frente para que se hagan matar, después de haberles escanciado en sus bolsillos la prima prometida.

RAYMOND LAUBIER

BIBLIOGRAFIA

REVISTA DE REVISTAS

"REVISTA BLANCA" — Esta revista editada en Sardaña, Barcelona, trae siempre lecturas elegidas. "El Hombre y la Tierra" de Eliseo Reclus y "La Idea anarquista" de Max Nettlau, dada en forma de folletín, bastan para hacernos apreciar todo lo que vale para el pueblo "La Revista Blanca".

Véase el sumario de uno de los últimos números:

El Hombre y la Tierra (continuación), Eliseo Reclus. — El medio social como factor psicológico, Adrián del Valle. — El arte literario francés: Jacques Descluze. — Cuadrilla de Calabreses: León Foggetti. — La obra de los mediocres: Federica Montseny. — La idea anarquista: Max Nettlau. — Efemérides del pueblo: Soledad Gustavo. — Una iniciativa libertaria mundial: Pierre Quiroule. — "La Protesta": Enrique Nido. — Rodando por el mundo: Hipatia. — El último Quijote, novela: Federico Urales.

Notas, comentarios, críticas, noticias, observaciones, completan el número.

GENERACION CONSCIENTE. Año II, n.º 14. — Hemos recibido esta publicación ecléctica que aparece en Alcoy, y cuyo sumario es el siguiente: Cultura sexual: Un médico rural. — Neomalthusianismo?: A. Zozaya. — Relieves sociales: Jesús M. García. — Lo meritario: Dr. Isaac Puente. — Libertario y Patria: J. Chueca. — Consideraciones sobre la voluntad: F. Caro Crespo. — Consejo heroico (verso): José Chueca. — La miseria prolífica y la higiene racional: Vicente Mesa Gét. "Generación Consciente", es una pedrada bien dirigida contra la atrabiliaria moral sexual burguesa y oficializada, y los compañeros encontrarán en ella respuestas algunas dudas en lo que a ética sexual se refiere.

Julio Barcos, en un artículo que publica en esta revista, se olvida de meterse con el simio Lugones, pues, como buen cocinero del realismo en la Argentina hace cabriolas sobre el matrimonio y el lupanar.

"CLARIDAD", año V, N.º 125. Santiago de Chile, septiembre de 1924. — Esta revista de Arte, Ciencia y Crítica, que aparece en Chile, es de las pocas publicaciones de Sud América dedicada a la litera-

tura, que en sus páginas desborda la vitalidad y el espíritu viril de sus colaboradores. Dicen las cosas como las sienten, sin miedo y sin remilgos; sin entrar en la chabacanería y en el incendio de los revolucionarios de cartón. Sus artículos de crítica sobre todo, están llenos de esa aspiración sana de encontrar la verdad en las cosas y en los hombres.

Alfredo Demaría, bajo el título "Glosario de la pendiente", hace un parangón entre el fascista Mussolini y Alessandri. Es un acertado retrato el que logra sobre el presidente licenciado de los chilenos, que la turba militar expulsara.

En las crónicas de arte y de ciencia, la protesta sana y vigorosa lucha denodadamente contra el egoísmo imperante de esta burguesía viciosa; y estas protestas, como dijo no sabemos quién, son las lágrimas de los pobres, las eternas lágrimas de los pobres, condensadas en el espíritu de los elegidos. Juventudes como la de "Claridad" de Chile son las que necesitan de vanguardia la humanidad, de esas juventudes que continuamente protestan, porque esas protestas de los elegidos han de hacer la revolución.

Entre tanto artículo rebelde y másculo, desentonan dos páginas que, siguiendo la moda literaria, el snobismo en el arte, los chilenos imitan a los estetas sin ideas, que fingen sabiduría rompiendo lanzas con la forma. Son dos páginas de versos ultraístas que no dicen nada; sus autores se pierden en el laberinto de las innovaciones, sin tener en cuenta el sentimiento y la emoción.

"FUEGO" — Revista de juventud en los años y espiritualmente, imprisiona por cierta valentía moral que campea en todos los trabajos que, a pesar de la densidad del palabrerío, pretenden fijarse una meta.

Ya resulta una calidad altamente estimable el poder de orientación. Magüer los libros publicados por algunos de sus redactores, donde se perciben modalidades preciosistas, estos jóvenes son enemigos del arte por el arte y afirman que la moralidad del artista influirá en su arte.

Verdad esta que, despedida de esa mente genial que fué Tolstói, se difundió por el mundo, sin que aquí haya alcanzado a convertir sino unos pocos.

Es que son ideas y tendencias que están en el ambiente, las que llegarán a la plenitud de su ciclo, quizás mediante las futuras generaciones que nos sucedan a nosotros.

No podemos menos que reconocer que la juventud de "Fuego" tiene mucho que andar, antes que esos vagos ensueños y el turbión de deseos literarios que la posee se difamien para que la idea se dibuje limpia y serenamente.

Pero eso ya vendrá. Los dibujos son un poco confusos por los desequilibrios de la valorización. X. X.

El perfecto ciudadano

Entre los tipos representativos del presente régimen social, se destaca con perfiles inconfundibles y propios el perfecto ciudadano, que es el arquetipo, el producto genuino de la moral corriente. Hijo de su tiempo y del medio ambiente croupal y hipócrita en que se desenvuelven los filisteos del capital y sus cortesanos, los políticos de todos los colores, el perfecto ciudadano, parásito consuetudinario, hará siempre lo contrario de lo que dice, y pagará o dirá todo aquello que a la larga o indirectamente pueda favorecer las perversas intenciones que oculta bajo el antifaz de las ideas y de los sentimientos que invoca. Este espécimen de la degradación moral de una civilización en bancarota, no dará un paso sin calcular las ganancias, ni estrechará una mano sin prever los beneficios materiales que le reportará. Lucra con la amistad y con la sinceridad de los que caen en el círculo de sus relaciones. Su lema es bien conocido: "el vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo". Para él, todo es comerciable. Trafica con todo y con todos. El éxito es su ideal... Su única preocupación es aguar las apariencias. El mérito de su "ideal" radica en tocar los resortes a tiempo para adaptarse a las circunstancias y adoptar la actitud conveniente. De esa manera es siempre el hombre del día... Los escríptulos son una carga para los que han hecho de la vida un tráfico indigno. Es patriota, casto, rompe-huelgas, y para estar bien con la policía, cuando no lo es el mismo, se hace su alcabala. El perfecto ciudadano es una persona muy distinguida... Como que es el arquetipo de la civilización burguesa. ANDA